

**Manifiesto del
Partido Comunista Internacional**

1981

**De la crisis de la
sociedad burguesa
a la revolución
comunista mundial**

EL PROLETARIO El Comunista

ORGANOS DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

De la crisis de la sociedad burguesa a la revolución comunista mundial

correspondance
Editions PROGRAMME

17, rue René Leynaud
69001 Lyon
(France)

correspondance

Sumario

Introducción

Primera parte : Retorno al comunismo revolucionario de Marx y de Lenin.

- I. El capitalismo llama a la revolución comunista.
- II. La clase obrera posee en su pasado las armas para vencer.

Segunda parte : Objetivos, vías y medios de la revolución comunista mundial.

- I. Posición del partido frente a las grandes tendencias políticas del imperialismo.
- II. Las tareas de la revolución comunista mundial.
- III. Orientaciones internacionales de acción del partido.

Conclusión

Anexos

Índice

La publicación del presente Manifiesto se emprende simultáneamente en los siguientes idiomas: alemán, árabe, español, francés, griego, holandés, inglés, italiano, persa, portugués, sueco, turco.

Introducción

Un capítulo se ha cerrado en la historia del siglo XX. Desde la segunda guerra mundial no han faltado los pretextos para llamar a la clase obrera a renunciar a sus objetivos revolucionarios.

En los países del Occidente desarrollado, así como en Japón, los progresos de la democracia y las reformas debían eliminar progresivamente la miseria y la opresión.

En los países del Este, el mismo resultado debía esperarse de la extensión del "socialismo real".

En los países de Asia, África e incluso América Latina, la emancipación nacional respecto al imperialismo era la que debía traer consigo automáticamente estas ventajas.

Hoy, los regímenes de todos esos países aparecen cada vez más como lo que realmente son: las democracias imperialistas de Occidente, las verdaderas herederas del fascismo. Los "socialismos" del Este, Estados auténticamente burgueses que también montan la guardia ante el modo de producción capitalista, hermanos gemelos de los Estados occidentales. Los jóvenes Estados nacionales del Tercer Mundo, dictaduras burguesas nacionales que siguen a marcha forzada el ejemplo de sus hermanas mayores.

Y desde que la prosperidad se ha agotado y las crisis suceden a las crisis, bajo los pliegues de las diferentes banderas nacionales un solo y mismo lenguaje se hace oír a los proletarios: ¡"austeridad", "sacrificios" por la "economía nacional"!

Por propia confesión de los paladines del imperialismo mundial, cuyo corazón late en Wall Street, el mundo ha entrado en un nuevo período de inestabilidad creciente y de desencadenamiento de todos los antagonismos sociales.

Tras los conflictos militares locales se perfila nuevamente la amenaza creciente de una nueva guerra imperialista, a la que los proletarios serán llamados una vez más para matarse mutuamente por sus respectivas burguesías.

Al término del nuevo período histórico que se ha abierto y que podrá extenderse también durante décadas, logrará el capitalismo salir indemne de las guerras y revoluciones que deberá atravesar, aplicando su talón de hierro sobre el mundo en ruinas para abrir un nuevo período de expansión y esclavitud aún más reforzado?

O bien la clase obrera, finalmente de pie después de más de cincuenta años de contrarrevolución imperialista y stalinista, del letargo mantenido por los venenos reformista y democrático-

co, y reforzada en lo sucesivo por los jóvenes y entusiasmados contingentes de proletarios de los países de joven capitalismo, ¿será capaz, por fin, de asestarle un golpe mortal y comenzar entonces la transformación comunista de la sociedad?

Las condiciones históricas obligan a los comunistas verdaderos a exponer una vez más ante el mundo entero sus concepciones, sus objetivos y sus principios tanto tiempo desnaturalizados, a presentar las lecciones que han sacado de la marcha trágica de la historia y a reafirmar el programa que indica la salida revolucionaria del infierno capitalista.

PRIMERA PARTE

Retorno al comunismo revolucionario de Marx y de Lenin

I. El capitalismo llama a la revolución comunista

Al instaurar su nuevo orden imperialista mundial sobre las ruinas de Europa y del Extremo Oriente después de la segunda carnicería imperialista, la burguesía, con sus lacayos, los dirigentes de los partidos falsamente obreros, socialdemócratas y "nacionalcomunistas", proclamó que el capitalismo podía ser reformado, que sus contradicciones sociales podían ser dominadas. La burguesía prometía, simplemente, combatir la revolución comunista haciéndola superflua...

1. El imperialismo prepara nuevamente la guerra

La anarquía capitalista y las crisis debían ser superadas por medio de la intervención del Estado en la economía. Semejante receta, sugerida por la vieja socialdemocracia que pretendía de este modo superar el capitalismo, ha sido preconizada igualmente por el stalinismo. Teorizando la realidad de los países del Este europeo, este último ha llegado a sostener, en efecto, que el comunismo ya no suponía la supresión del asalariado y del mercado, como Marx y Lenin habían afirmado constantemente, sino que era compatible con ellos. Bastaba que el Estado asumiese el control jurídico de las empresas y trazase una planificación más o menos centralizada, para pasar al socialismo. Ahora bien, día a día los paladines del socialismo ruso o chino están obligados a confesar que el mecanismo fundamental de su sociedad se asemeja como dos gotas de agua al del capitalismo, con su anarquía, sus oposiciones de clases y todas sus consecuencias.

Según los ideólogos del Este y del Oeste, las disputas entre los Estados debían disiparse ante la expansión de los intercambios, ante la cooperación económica y política bajo el alto patrocinio de una cantidad de organismos internacionales a los que la ONU sirve de piedra angular. Y lo que es más, la armonía entre las superpotencias debía ser la mejor garantía de la paz y del de

sarme universal. Ahora bien, ¿qué ha sucedido?

La intervención del Estado en la vida económica ha hecho progresos prodigiosos en el último medio siglo, yendo a veces hasta la nacionalización. La programación económica y la nacionalización de las empresas han sido utilizadas ampliamente, los gastos presupuestarios se han desarrollado, la fijación central de los precios, el control del crédito y del comercio exterior se han generalizado. Estos métodos centralizadores no son patrimonio únicamente de los países de "socialismo real" o de los países de joven capitalismo que, de este modo, buscan compensar su retraso en el mercado mundial. Se han vuelto también moneda corriente en los países que pregonan el liberalismo económico como un principio sagrado.

Y, a pesar de esto, la inflación trastorna permanentemente los equilibrios económicos y sociales sabiamente conquistados, la desocupación llega a niveles vertiginosos, los países más frágiles son víctimas de un endeudamiento que lleva directamente a la bancarrota y ocasiona una presión insoportable sobre las clases laboriosas, el miedo al mañana llega incluso a los países imperialistas en los que la prosperidad de la posguerra y el monopolio del mercado mundial habían dado un respiro a la clase obrera. Inestabilidad e inseguridad crecientes, anarquía generalizada: ¡he ahí que se imponen con más vigor que nunca las leyes del capitalismo que se pretendía amordazar!

En las relaciones internacionales, la distensión ha sucedido a la guerra fría, los países del Este han terminado por abrirse a las mercancías y capitales occidentales, destruyendo de un golpe el mito stalinista de los dos mercados considerados como obedeciendo a leyes económicas diferentes. Pero este fenómeno, lejos de traer la paz, se ha visto acompañado de gigantescos pasos hacia adelante en la carrera armamentista.

La acumulación de stocks de armas termonucleares es suficiente hoy como para hacer saltar de un golpe una buena parte del planeta. La extensión del militarismo a todos los países, aun los más pequeños y pobres, así como el desarrollo de los misiles intercontinentales que en lo sucesivo ponen a cada país al alcance del más alejado de sus enemigos hipotéticos, han transformado el globo entero en un solo y único campo de batalla potencial.

La famosa distensión misma no estaba basada más que en un cínico "equilibrio del terror". Y ni la ONU, ni las innumerables conferencias sobre la paz y el desarme, han podido impedir que cada disputa entre bandidos imperialistas por el control de tal o cual materia prima o por tal o cual posición estratégica, o que la ruptura del equilibrio político por tal o cual cambio de régimen, lleven nuevamente en ellas los gérmenes de un futuro conflicto imperialista generalizado, en Indochina o en el Zaire, en la frontera sino-soviética, en Afganistán o en el extremo del golfo pérsico, en el Océano Indico o en Europa central.

2. Las reformas burguesas no pueden impedir el crecimiento de la miseria

¿Acaso el capitalismo ha reducido, al menos, las desigualdades sociales y la miseria, como se jactaba?

El perfeccionamiento de las máquinas y de las técnicas de producción, la automatización y la racionalización del trabajo,

han conocido desde la guerra desarrollos sin precedentes. ¿Pero qué han aportado a los trabajadores asalariados, aun en los países de viejo capitalismo, en los que los sistemas de garantías se han desarrollado para atenuar en parte los efectos más escandalosos y subversivos de la condición obrera?

Esos progresos han tenido como resultado general una fragmentación acrecentada de las tareas, una monotonía aún más insostenible del trabajo, una aceleración de los ritmos de producción y una intensificación inaudita de la fatiga, la generalización del trabajo nocturno y horarios sometidos completamente a las oscilaciones de la producción para el mercado, un despotismo agravado en el taller, la obra o la oficina, un aumento de la nocividad del trabajo industrial y de la vida urbana, así como una frecuencia y una gravedad más grandes de las catástrofes debidas a la anarquía capitalista y a la carrera por el beneficio.

Más frecuentemente que a la satisfacción de las necesidades elementales de las amplias masas, dichos progresos han conducido a la producción de toda una gama de necesidades artificiales y antisociales, así como al crecimiento desmedido de capas sociales parasitarias ligadas a ellos, pudriendo todavía más el tejido social de la sociedad burguesa.

Paralelamente, la proporción de trabajadores eliminados de la producción aumenta sin cesar en el mundo, la marginación y la favelización (chabolismo) alcanzan proporciones espantosas en la periferia del capitalismo, donde la competencia encarnizada lleva en ciertos países a semanas de trabajo de más de 50 y 60 horas, y pone bajo el yugo a decenas de millones de niños que, desde la India hasta Marruecos o Brasil, morirán antes de llegar a ser adultos para poder alimentar a sus padres expulsados del trabajo.

La enseñanza se ha generalizado, los medios de información y de comunicación han llegado a ser gigantescos, pero no son más que otros tantos medios de embrutecimiento de las masas explotadas: ¡la única cultura que les da la burguesía es la ideología de esclavos del capital!

Estas últimas décadas han conocido un desarrollo capitalista impetuoso en el Tercer Mundo. Ahora bien, el inmenso foso existente entre los países ricos y los países pobres continúa ahondándose, precipitando a 800 millones de hombres, o sea, la quinta parte de la humanidad, en una irremediable indigencia, según la opinión del mismo Banco Mundial, ¡y esto en el momento en que la América superproductiva reduce sus extensiones de cultivo de cereales para hacer subir los precios! A las catástrofes naturales se las culpa de todo: ¡pero es el capitalismo el que en el Sahel como por doquier, crea el hambre y se alimenta de él!

Es cierto que, durante los treinta años de loca acumulación capitalista de la posguerra, tanto en los países imperialistas de Occidente y Japón como en los países del Este, un aumento importante del nivel de vida fue concedido a amplias fracciones de la clase obrera. Los mecanismos de seguridad social y de gratuidad de la atención médica, de escala móvil del salario y de garantía del empleo se han multiplicado, al menos para ciertas categorías obreras, haciéndolas dependientes del "Estado-providencia". Este fenómeno, favorecido por la explotación del mercado mundial y el beneficio de las rentas imperialistas ha terminado incluso por extenderse a exiguas capas de proletarios en los países de joven capitalismo particularmente bien situados en el mercado (gracias, sobre todo, al maná petrolero).

¿ Pero qué son esas ventajas comparadas con la acumulación de las riquezas caídas en manos de los capitalistas en el mismo período ? No solamente esas riquezas conllevan el lujo insopor table, la arrogancia escandalosa y la sultanización indecente de las clases dominantes, sino que además han sido transformadas en nuevos medios de explotación, es decir, en capital, y gastadas en nuevos medios de opresión: las mismas sirven, en efecto, para mantener ejércitos de burócratas encargados de controlar el trabajo de los proletarios, para comprar ejércitos de policías y de mercenarios encargados de montar la guardia ante esos jugosos privilegios, para corromper enjambres de parásitos de toda especie. ¡Y todo esto pesa de manera mucho más agobiante aún que antaño sobre los hombros de la clase obrera!

Además, esas ventajas, ayer tan ponderadas, ¿no son acaso presentadas hoy precisamente como otros tantos factores de rigidez que traban la marcha de la industria, cuando no son denunciadas hipócritamente como la causa de las dificultades económicas? ¿Para salvar la competitividad de la economía nacional, los capitalistas y sus "lugartenientes obreros", los falsos socialistas y los falsos comunistas, se empeñan hoy en hacer vomitar a la clase obrera las migajas concedidas durante treinta años! Las nuevas reformas son hechas para suprimir las antiguas. El "Estado-providencia" es entregado a la demolición. ¡Queda el Estado gen-darme!

3. La anarquía del mercado no puede ser dominada

¿Y cuál es, pues, la razón de esas leyes bárbaras e inhumanas que aplastan a las clases explotadas bajo el peso de su propio trabajo y que producen sus efectos desastrosos tan indefectiblemente como lo es la rotación de la tierra alrededor del sol?

La razón es que el capital es, por naturaleza, inseparable del trabajo asalariado. No puede existir sin él: es su contrapartida necesaria. Bajo la forma de plusvalor se apropia lo esencial del trabajo efectuado por una masa considerable de trabajadores. Estos últimos, los proletarios, porque están despojados de todo, porque son sin reservas, están obligados, para vivir, a vender su fuerza de trabajo a los poseedores del capital que son quienes concentran los medios de trabajo. En este intercambio, aquellos no obtienen más que un salario equivalente a una pequeña parte del trabajo realizado. ¡Y únicamente en la medida en que su trabajo es útil al capital!

Ahora bien, el capital no puede existir sin una multitud de capitales que aparecen bajo la forma de empresas competidoras entre sí, sean privadas o estatales, o incluso bautizadas como socialistas.

Ninguna empresa puede sobrevivir sin realizar una ganancia. Esta ganancia es tanto más importante cuanto más competitiva es la empresa en el mercado, lo que la obliga a invertir cada vez más que la vecina. Y todas las empresas hacen lo mismo. De ello resulta que la parte del trabajo recién creado (y que es la única fuente de valor), en relación con el trabajo antiguo (que es adelantado en forma de máquinas y materias primas), termina por disminuir; por consiguiente, la tasa de ganancia general de la economía tiende a bajar. Ante esto, las empresas reaccionan explotando

aún más a sus trabajadores, acaparando una parte más grande de la riqueza producida.

El capital, sediento de plusvalor, no puede asegurar su funcionamiento más que al precio de una guerra llevada a cabo diariamente por sus hordas de burócratas, policías, políticos y lacayos de toda especie contra la clase obrera, contra sus tentativas de mejorar su suerte, sus condiciones de existencia y de lucha. El foso entre explotados y explotadores, pues, no puede más que profundizarse constantemente.

¿Acaso es esto suficiente para sacar al capitalismo del apuro? No, pues el resultado de esta febril actividad de inversiones es que en un momento dado la sociedad se encuentra con demasiadas mercancías en stock. Demasiadas, no en términos absolutos, ya que al mismo tiempo las amplias masas carecen de lo esencial para vivir, sino demasiadas en relación a la capacidad de absorción del mercado. Aquélla posee demasiados brazos, no en general, ya que las máquinas existen y las jornadas de trabajo son demasiado largas, sino en relación a las necesidades de mano de obra de la industria. Y como el capital no logra realizarse, se vuelve también excedente y, a pesar de todos los esfuerzos desplegados, la ganancia sigue descendiendo!

¿Cuál es, pues, la solución? Que el capital invertido sea suficientemente desvalorizado, la fuerza de trabajo suficientemente despreciada, y en consecuencia, la tasa de ganancia suficientemente restablecida como para que la economía se lance en un nuevo ciclo de acumulación frenética, al precio de una presión aún más fuerte sobre la clase obrera del mundo entero y de una miseria aún más grande para las masas explotadas de los países dominados.

¡Intentad, pues, dominar esta anarquía por medio del control del Estado! Quizá logréis disciplinar, en cierta medida, la competencia en el mercado interno, aunque al precio de una hipertrofia burocrática. Sin embargo, como las economías nacionales siguen siendo competidoras entre sí, la guerra de todos contra todos es llevada a un nivel superior, al mercado mundial. Y allí se enfrentan los grandes trusts internacionales, públicos o privados que son competidores con resortes mucho más grandes que los de las empresas locales: disponen de máquinas de Estados que han sometido, de flotas de guerra y de stocks de misiles para hacer valer sus intereses. La competencia económica se transforma, pues, en competencia generalizada entre Estados, es decir, en rivalidades de apetitos no solamente económicos y comerciales, sino igualmente diplomáticos, estratégicos y militares.

Esta se vuelve una lucha en todos los frentes por el reparto de las zonas de influencia y los cotos de caza, los que necesariamente conocen un desarrollo desigual de las capacidades económicas y de la potencia de los Estados: esto es cierto para cada uno de ellos en su seno, pero también para unos respecto a otros.

Alemania y Japón, chivos expiatorios de la última matanza imperialista, fueron arrasados ayer, pero hélos aquí amenazando nuevamente a la orgullosa América en sus propios mercados superatrestados, mientras que la zona rusa, hipermilitarizada para poder contrarrestar la potencia de Estados Unidos, sigue manifestando una carencia -al menos relativa- de capitales.

Así, pues, sobre el terreno del capitalismo, sólo una nueva guerra puede permitir, a fin de cuentas, el reparto general del mundo indispensable para un nuevo auge de las fuerzas productivas.

¿Y cuál es el efecto de este tipo de solución de las crisis? El mismo que ya denunciaba el *Manifiesto* en 1848: "la preparación de crisis más generales y más potentes; lo que significa disminuir los medios de evitarlas".

4. Los derechos burgueses son un engaño para la clase explotada

En nombre de la defensa de la democracia contra el fascismo, el proletariado mundial fue arrastrado a la segunda carnicería imperialista con el apoyo total de la Internacional stalinizada; en la Alemania nazi, la burguesía justificaba la guerra en nombre de la defensa de un pretendido socialismo nacional contra el imperialismo de las "democracias plutocráticas"; y la burguesía japonesa pretendía emancipar al Asia de los imperialismos blancos.

Al acabar la segunda guerra imperialista, se proclamó que la conquista continua de derechos, de nuevas libertades y de la igualdad jurídica debían permitir resolver sin choque, sin violencia, bajo la alta protección de la ONU y de su declaración universal de los Derechos del Hombre, las contradicciones entre las clases y entre los Estados, entre el individuo y la sociedad. Incluso el falso socialismo ruso adhirió finalmente a esta tesis con el célebre XX Congreso del PCUS, con su coexistencia pacífica, sus vías democráticas, parlamentarias y nacionales al socialismo.

Lo que significa la igualdad de derechos en régimen capitalista ha sido ampliamente confirmado por la ola antiimperialista de la segunda posguerra. Esta ola dió en todas partes un vigoroso impulso a las fuerzas productivas. ¿Pero acaso la conquista de la independencia y de la igualdad jurídica entre las naciones en la ONU suprimió el hecho de que el capitalismo se siente asfixiado dentro de sus límites nacionales?

Al contrario. Nunca el dominio de los grandes imperialismos sobre las materias primas ha sido tan grande, la masa de las versiones imperialistas tan gigantesca, el endeudamiento internacional tan colosal, hasta el punto de que numerosos países deben someterse a una verdadera dictadura de los grandes bancos de algunos Estados y del Fondo Monetario Internacional, quienes les dictan hasta en el menor detalle su política económica, financiera, social, y, por tanto, policial: Egipto y Perú, Turquía y Senegal ya han hecho, antes de cuántos otros, la triste experiencia.

Las mallas de las redes diplomáticas y militares que aprisionan a todos los países del mundo nunca han sido, sin duda, tan estrechas, ni la ficción de la igualdad de las naciones tan desmentida. ¿Pero cómo podrían escapar a esta tenaza los países recientemente llegados a una existencia nacional independiente, cuando incluso viejos y poderosos países capitalistas e imperialistas, como Alemania y Japón, Inglaterra o Francia, están condenados al vasallaje político?

Qué cosa significa la igualdad jurídica entre los trabajadores lo saben por su trágica experiencia cotidiana el intocable hindú, el negro americano, el trabajador inmigrado en Europa, en Estados Unidos o por doquier, la mujer proletaria que sufre la doble esclavitud de la fábrica y del trabajo doméstico en todas partes del mundo, y tantos otros explotados. ¿Qué valor tienen todas

permi +

las proclamaciones de principio y las garantías constitucionales ante la realidad del capitalismo que descansa sobre la competencia entre los obreros y que cultiva de hecho, si no de derecho, todas las viejas supersticiones, todas las diferencias de casta o de raza, de nacionalidad o de sexo, de edad o de cultura y de calificación para oponer a los trabajadores entre sí?

Y, sobre todo, la igualdad entre el explotador y el explotado, ¡qué fantástica mistificación! El campesino indígena de México no vale mucho ante el terrateniente, el minero sudafricano aún menos ante el patrón del trust minero. Y, a pesar de todos los derechos y garantías que lo abruma, ¿cuál es el peso real del obrero americano en el Estado desde el momento en que se enfrenta al manager de uno de los poderosos trusts internacionales? ¿Cuánto pesan incluso miles de sus hermanos frente a este patrón? La ley, establecida por los representantes del pueblo, les otorga sí el derecho de huelga, pero si se les ocurre utilizarlo un poquito seriamente, es decir, que perjudique los intereses del capital la misma ley ha previsto desencadenar sobre ellos, en la forma más democrática del mundo, regimientos enteros de funcionarios y jueces, tropas de policías y de guardias federales y locales, cuadrillas de milicias privadas e incluso asesinos a sueldo, quienes se apresuran a completar el trabajo de sabotaje de cohortes de burócratas sindicales con un pie en el gobierno y otro en el hampa, y esto para hacer respetar la sacrosanta libertad de trabajo!

Las famosas libertades de prensa, de reunión, incluso en las democracias más liberales, son una hipocresía sin nombre aun cuando no estén limitadas por la ley. Nunca como hoy han sido necesarios tantos capitales para lanzar un periódico. Nunca ha estado concentrado en un número tan pequeño de manos el monopolio de los medios de información, sobre todo con la radio y la televisión. La concentración de la propiedad inmobiliaria y el control del Estado veda prácticamente la posibilidad de encontrar lugares de reunión para los trabajadores que tuvieran necesidad, aun cuando la ley les autoriza teóricamente a ello.

La invocación permanente de los Derechos del Hombre no hace sino encubrir en todas partes, incluso en las democracias más refinadas, el recurso cada vez más sistemático a la tortura de los prisioneros y al asesinato político. ¿Qué consuelo son esas declaraciones jurídico-filosóficas para aquellos a los que el capital no deja otra libertad real más que la de vivir y morir por él, ni otro derecho real más que el de cantar las alabanzas de esta esclavitud!

5. El Estado burgués no está para democratizarlo, sino para destruirlo

¿Qué puede significar el sufragio universal cuando el poder de los trusts es tal que pueden comprar a los diputados en bloque y a partidos enteros, cuando llegan a domesticar tan fácilmente a funcionarios y oficiales? ¿Qué interés representan hoy los parlamentos desde que la concentración del capital financiero tiene por efecto quitarles todo poder de decisión y no concederles más que una función puramente decorativa? ¿Qué sentido tienen, en estas condiciones, las elecciones, multiplicadas hasta el infinito para el parlamento y las municipalidades, e incluso en las empresas, sino el de dar algunas sinecuras a mandatarios cuyo papel es el de pisotear los intereses de sus electores y embaucarlos ha-

ciéndoles creer que gracias a este sistema se puede influenciar la marcha del capitalismo y terminar por domesticarlo?

La violencia de las contradicciones sociales que se desenan en los países capitalistas periféricos viene hoy a recordar hasta qué punto los mismos mecanismos sagrados de la democracia parlamentaria son incapaces de resistir a la menor conmoción social: en ese caso, el ejército toma directamente los asuntos en sus manos con la colaboración cada vez más frecuente de los partidos liberales, democráticos y supuestamente obreros.

En los países capitalistas más viejos, los países imperialistas de Occidente, la colaboración activa de poderosos partidos que tienden a conciliar los intereses de las clases ha permitido desarrollar a fondo el método democrático de gobierno. Esos partidos, ya sean francamente democráticos pequeño-burgueses u obreros burgueses, es decir, obreros por su composición y su influencia, y burgueses por su política, hacen alternar los períodos de oposición leal en el terreno parlamentario y los de participación gubernamental, persiguiendo en unos y otros la esterilización de las luchas obreras y el reforzamiento de la máquina del Estado capitalista. Así, la represión del terrorismo "romántico", del tipo Brigadas Rojas en Italia, ha venido a recordar hasta qué punto esos partidos ayudan al Estado a pasar de golpe al estado de excepción legal ante el menor signo de revuelta social contra el orden democrático, incluso antes de que la clase obrera se ponga en movimiento a gran escala.

Y este formalismo contrarrevolucionario de la democracia, que la burguesía sólo conserva para ocultar su dominación, ¿es el que la clase obrera debería defender cueste lo que cueste y en el cual debería apoyarse para luchar contra la clase capitalista?

Después que en España el franquismo cedió con éxito su lugar a la democracia con el objetivo de contener la lucha obrera, ¿no se ve acaso a las burguesías brasileña y polaca tentadas a su vez por formas de apertura y pluralismo?

"El gobierno moderno, decía el *Manifiesto* de 1848, no es más que un comité que administra los asuntos comunes de la clase capitalista".

Cuanto más democrático es el Estado, cuanto más libre juego deja a las fuerzas de la burguesía, tanto más cae en las manos de las fuerzas burguesas más poderosas, es decir, un ínfimo puñado de grupos financieros inmensos que no se contentan solamente con explotar a la clase obrera, sino que arruinan cada día a masas más grandes de campesinos y hasta a la misma infantería capitalista que, sin embargo, está arrodillada ante su poderío.

Cuanto más democrático es el Estado, cuanto más consigue hacer participar en su gestión a los mismos proletarios, tanto más cargada de cadenas está la clase obrera y más obstáculos encuentra en su lucha contra la clase capitalista.

Cuanto más democrático es el Estado, cuanto más parece elevarse por encima de las clases sociales y de la sociedad entera, tanto más la aplasta en realidad con su peso y más realiza de hecho la dictadura impersonal del capital.

6. La sociedad está archimadura para el comunismo

Desde comienzos del siglo XX, es decir, desde que un puñado de trusts y de Estados se reparten una y otra vez el mundo, el capitalismo ha llegado a su estadio último, el imperialismo, que es la "antecámara del socialismo", como decía Lenin.

Desde hace ya mucho tiempo, la sociedad está globalmente más que madura para la transformación comunista, aun teniendo en cuenta las enormes diferencias de desarrollo entre las diversas regiones del mundo. Esta es la razón por la cual el conflicto entre las fuerzas productivas modernas, el trabajo asociado, la vida colectiva y su producto más puro, el proletariado, por una parte, y, por la otra, esas mismas relaciones, a saber, el capital, el mercado, y los Estados que los defienden, asume cada vez más el aspecto de una sucesión infernal de crisis, guerras y toda clase de calamidades.

Este curso catastrófico sólo se detendrá con el derrocamiento violento del orden establecido, lo que permitirá a la sociedad arrancar las fuerzas productivas a las leyes ciegas del capital y ponerlas al servicio del desarrollo de la humanidad.

Cualquiera que sea la duración de la transformación comunista de la sociedad entera, sólo ella permitirá reemplazar la anarquía generalizada por la administración internacional centralizada de las capacidades productivas de la humanidad, de los recursos naturales y de las riquezas del planeta entero. Sólo ella permitirá suprimir la división social del trabajo y las clases sociales; compensar por medio de la solidaridad desinteresada las condiciones geográficas o climáticas desfavorables; colmar las diferencias existentes entre las naciones y las razas; terminar con la esclavitud doméstica y la inferioridad social de la mujer; destruir el antagonismo entre la ciudad y el campo. Sólo ella permitirá, finalmente, remediar las consecuencias peligrosas de la industria y detener el proceso de agotamiento de la tierra y de los hombres que se deriva necesariamente de las leyes del capital.

¡Utopía!, gritan los ideólogos burgueses. Pero ¿acaso el capitalismo mismo, con el progreso de la técnica agrícola moderna, no ha procurado ya las soluciones para alimentar a la población del mundo entero sólo con que se liberen los medios de producción existentes del monopolio de los propietarios del suelo y del dominio del mercado capitalista? ¿Acaso no existen ya a escala mundial suficientes técnicas modernas como para permitir la reducción considerable del tiempo de trabajo y satisfacer las necesidades más acuciantes en bienes de primera necesidad, con tal que se integre en el proceso productivo la mitad de la humanidad que el mecanismo del salariado ha marginado actualmente de este proceso, y con tal que se sustraiga las máquinas a las leyes ciegas del capitalismo?

¿Es realmente tan extraño imaginarse poder prescindir progresivamente del mercado a escala del planeta administrando centralmente la producción y el consumo de toda la humanidad? El mismo curso del capitalismo lleva necesariamente a ello. Los trusts más poderosos ya hacen trabajar juntos a cientos de miles y a veces a millones de hombres quienes, en el seno de esas inmensas empresas, prescinden perfectamente del mercado para hacer circular los productos que ellos fabrican.

La división internacional del trabajo ya ha sido llevada al

punto en que las mercancías corrientes vendidas en todo el planeta contienen trabajo efectuado por obreros de todos los continentes, un punto en el que la potencia y la rapidez de los medios de comunicación modernos permiten contabilizar al instante masas de informaciones reunidas de todos los rincones de la tierra. Inmensas cadenas de comercios concentran una parte creciente del consumo. Sociedades gigantescas o instituciones públicas controlan la vivienda de millones de hombres. Una parte enorme de la población se alimenta, al menos en parte, en restaurantes colectivos. Pero el capitalismo prosigue este proceso de socialización a su manera, llevando al absurdo la competencia entre los trusts y los Estados, y haciendo la vida cada vez más insoportable a las amplias masas.

Será infinitamente más fácil unir en una misma unidad productiva el trabajo de las mil primeras empresas del mundo que ya controlan una gran parte de las riquezas creadas y agregarle progresivamente el resto de la producción, de lo que fue ayer pasar de las pequeñas unidades de producción individuales a las empresas modernas que coordinan el trabajo de cientos de miles de obreros y a veces más. ¡Será, sin duda, infinitamente menos difícil unir en una sola unidad social a los 150 Estados nacionales, de lo que fue ayer reunir a más de 350 Estados alemanes en un Estado nacional unitario!

La mayor parte de las tareas productivas han llegado ya a ser lo suficientemente simples como para que una gran parte de la población, cada vez mayor, pueda realizarlas. Repartir entre todos los miembros de la sociedad las penosas e ingratas tareas que la máquina no puede aún realizar, y comenzar a repartir entre todos las tareas productivas, administrativas e intelectuales, está, pues, al alcance de la mano, ¡con tal que se termine con las leyes del capital!

El capitalismo, que acumula todos los materiales de la transformación comunista de la sociedad, no se contenta con hacer necesaria esta salida para arrancar a la humanidad de los tormentos en que la sumen sus consecuencias, sino que además produce la fuerza que liberará a la humanidad de su yugo: el proletariado.

7. El proletariado es el sepulturero del capitalismo

Mediante un canibalismo sin precedentes, la clase capitalista se ha vengado del espanto que le produjo la revolución de Octubre. Allí donde la democracia parlamentaria, los recursos del pluralismo y de la alternancia democrática no permitieron contener el ímpetu del proletariado, ni la colaboración de las burocracias reformistas desviar su protesta y hacerla compatible con el orden burgués, el fascismo se aseguró su consentimiento forzado al orden imperialista. Rompiendo la orientación y la organización del proletariado a escala internacional, el stalinismo fue el agente político de esta sumisión. En Rusia, la impuso directamente a través de la demolición del partido comunista y del Estado proletario, la exterminación de toda la vieja guardia revolucionaria y el rígido sometimiento del proletariado.

Basándose en la ola de prosperidad de la posguerra, la burguesía, con la colaboración activa del reformismo socialdemócrata y del neoreformismo stalinista, lanzó una avalancha de reformas

sóciales que la clase obrera ha pagado por adelantado con la sangre de decenas de millones de los suyos en los campos de batalla o bajo los bombardeos, y con sufrimientos inauditos durante la guerra y la reconstrucción.

¿Pero acaso la clase obrera ha podido ser realmente integrada, ha sido aburguesada definitivamente, como lo han proclamado todas las milicias ideológicas de la burguesía, o bien ha dejado definitivamente de tener intereses distintos de los de las otras clases para "fundirse en el seno del pueblo", como quisieran hacerlo creer los teóricos vendidos de la *Nomenklatura* moscovita? Aun admitiendo que semejante disparate fuera verdad, ¿cuál es entonces la razón de ese crecimiento cada vez más desmesurado de los cuerpos de represión y, de manera más elegante, de los cuerpos de prevención, psicólogos y otros agentes sociales, allí donde los oportunistas, los curas y los ayatolas pierden su influencia?

De hecho, las armas de que la clase obrera dispone teóricamente se han vuelto mucho más poderosas todavía. No solamente las filas del proletariado se han engrosado considerablemente. La concentración industrial le proporciona medios cada vez más enormes aun cuando los diversos expertos burgueses se esfuerzan por todos los medios en atenuar sus efectos revolucionarios. La educación y la disciplina generosamente dispensadas a los proletarios en las prisiones industriales y en los ejércitos burgueses se vuelven cada vez más amenazantes para el capitalismo si la clase obrera sabe utilizarlas para sus propios intereses.

Mientras que la marcha del capital exacerba cada vez más la competencia entre los burgueses y los impulsa a destrozarse mutuamente, precipita en el proletariado a masas de pequeños burgueses y de campesinos arruinados, iguala y unifica cada vez más las condiciones de vida y de trabajo de los proletarios, derriba las barreras entre hombres y mujeres haciéndolos intercambiables en la producción, mezcla las nacionalidades en la misma fábrica y en el mismo barrio por medio de incesantes migraciones obreras.

Y si la burguesía y sus lacayos reformistas se encarnizan en reconstruir perpetuamente esas barreras y esas divisiones, a lo sumo pueden retardar, pero no contrarrestar definitivamente, los efectos de un proceso que condena inexorablemente a los proletarios a luchar para defender sus condiciones de vida y de trabajo, constantemente amenazadas por las leyes del capital, y los impulsa a superar la competencia entre ellos, sobre la que descansa la fuerza de la burguesía. Si la unión que nace de este esfuerzo es destruida temporalmente por condiciones desfavorables, por la brutalidad de la policía o el sabotaje de las corrientes pretendidamente obreras vendidas al adversario, la misma debe renacer más fuerte todavía bajo el acicate del capital.

La formidable huelga de los obreros polacos del verano de 1980 acaba de recordarnos qué fuerza inmensa se esconde en los músculos del gigante proletario dormido. Y un año antes, el desmoronamiento del ejército iraní, uno de los más modernos del mundo, recordaba que son los soldados quienes manejan las armas, que esos soldados en su gran parte son trabajadores y que su corazón puede ponerse a latir al pulso de sus hermanos de clase, y mostraba que los cañones más sofisticados no son más que chatarra si los soldados se niegan a utilizarlos. ¡Cuánta potencia tendrá el proletariado cuando utilice esas armas por propia cuenta!

Hoy el combate de la clase obrera está reforzado por los nu

meros batallones proletarios que surgen en todos los continentes ayer colonizados y en los que el desarrollo capitalista ha sido fulgurante. Estos nuevos proletarios entran en la lucha con la espontaneidad revolucionaria que les confiere su carencia absoluta de reservas. A menudo están agujoneados por las recientes luchas de emancipación nacional, y hacen volar en pedazos el mito de los "socialismos nacionales" realizados a través de la colaboración armoniosa de todas las clases, como en Argelia. Además, las poderosas migraciones internacionales los empujan hasta las metrópolis imperialistas, en las que constituyen los sectores más combativos de la clase obrera que arrastran el conjunto de ella a la lucha.

Quando el imperialismo haya recuperado de la clase obrera las garantías que lo protegen de sus reacciones de revuelta, desencadenará nuevamente la lucha proletaria, y desaparecerán en las mazmorras las teorías del aburguesamiento de la clase obrera y de la revolución realizada en lo sucesivo por los marginados, tan queridos de Marcuse, así como todo el fárrago de las teorías reformistas sobre la superación del capitalismo o sobre las nuevas vías al socialismo caras a los socialdemócratas y a los herederos del stalinismo, sin hablar de las charlatanerías del "socialismo real" en Europa Oriental.

"De todas las clases que hoy se enfrentan a la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria", proclamaba ya el *Manifiesto* de 1848.

En su carrera infernal, no solamente el imperialismo ha acumulado las armas que -mal que le pese- pone en manos de los proletarios, armas que las corrientes pseudoobreras reformistas tienen por misión atascar y ocultar. A pesar de todos sus esfuerzos está obligado también a mostrar a la clase cómo utilizarlas y hacia donde apuntarlas.

La burguesía ha rodeado su Estado de múltiples sistemas de defensa. Sin embargo, toda la humareda de las elecciones y de los parlamentos toda la neblina de las alternancias democráticas y del pluralismo, todas las estratagemas de la descentralización, de la autogestión, del control del ciudadano sobre las instituciones a todos los niveles no consiguen ocultar la concentración histórica de toda la vida social en las manos del Estado centralizado ni por tanto, la ciudadela estratégica a sitiar para abrir la vía de la sociedad futura.

En nombre de la democracia, la burguesía ha vertido montones de calumnias sobre la dictadura proletaria en la Rusia de Octubre. Sin embargo, está obligada a demostrar todos los días que toda tentativa de utilizar la máquina del Estado capitalista en el sentido de los intereses proletarios es vana y que, por tanto, esta máquina debe ser destruida de arriba abajo. Condenada a utilizar cada vez más a menudo su violencia abierta contra las revueltas que estallan periódicamente, la burguesía, pese a todas sus peroratas liberales, demuestra diariamente que su fuerza no descansa en el derecho, la moral y otras tonterías, sino sobre la violencia, la dictadura y el terror que inspira la superioridad de las armas. Ella educa al proletariado a no respetar pues ninguna legalidad y ningún fetiche constitucional.

La burguesía ha presentado la dictadura de un solo partido como el peor de los crímenes de Octubre. Pero todo el curso ulterior de su dominación de clase hace aparecer esta dictadura de un solo partido como una tendencia histórica inevitable. Gracias a ella la contrarrevolución venció en Rusia con el stalinismo. 56-

lo gracias a ella ha sido posible la estabilización de Europa del Este después del reparto de Yalta. Con ella las jóvenes burguesías del Tercer Mundo logran hacer frente a las contradicciones extremadamente agudas que las amenazan. A esta forma se aproximan irresistiblemente las democracias blindadas de Occidente, herederas del fascismo, y cuyos diversos partidos tienden a hacerse cada vez más serviles ante un ejecutivo todopoderoso y un presidencialismo exacerbado. ¿Y el proletariado, en cuanto a él, debería rechazar el arma de la dirección exclusiva de su partido?

La burguesía presenta el internacionalismo como algo atroz. He aquí, sin embargo, que ella debe ahogar regularmente sus disputas en la jungla de los apetitos nacionales. Para hacer frente a las luchas sociales que amenazan su dominación en un punto cualquiera del planeta, no vacila en hacer callar sus pretensiones y en reclamar la solidaridad de los gendarmes imperialistas más poderosos, a los que deja el control de toda clase de organizaciones internacionales, y, en particular, de una verdadera Internacional de la represión. Y el proletariado, en cuanto a él, que es una clase internacional por naturaleza, y que lo es cada vez más por sus condiciones de vida, de trabajo y de lucha, ¿debería enarbolar un principio nacional que la burguesía debe pisotear cada día más?

La clase obrera no se emancipará descubriendo armas inéditas, sino apoderándose de aquellas que le proporciona la burguesía y cuyo manejo le enseña, mal que le pese.

Como lo afirmaba el *Manifiesto* en 1848, "la burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables".

II. La clase obrera posee en su pasado las armas para vencer

1. El marxismo es la teoría del partido de clase

La clase obrera no tiene necesidad de inventar una nueva teoría para emanciparse del yugo del capitalismo. Su teoría es el marxismo revolucionario. A despecho de los esfuerzos constantes desplegados por ejércitos de ideólogos a sueldo, la burguesía no ha logrado demolerlo, porque la evolución del curso del imperialismo lo confirma en todo.

"Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria", afirmaba Lenin. Durante la fase de gestación del movimiento obrero, que se termina en 1848, los teóricos comunistas habían anticipado la sociedad futura, pero aún la veían como un simple resultado de la marcha triunfal de las ideas. Por su parte, los obreros seguían aún organizados en el surco ideológico de las capas extremas de la burguesía y rechazaban las ideas comunistas.

Para superar la oposición que existía entre la teoría comunista y la lucha política, hacía falta que las condiciones materiales de la emancipación proletaria hubieran madurado suficientemente, que el antagonismo entre la clase obrera y la burguesía se hubiese desarrollado hasta un cierto punto.

La clase obrera se ha dado el instrumento de esa superación utilizando los conocimientos teóricos más avanzados en los dominios de la filosofía, de la política y de la economía. Con la concepción materialista de la historia, descubierta por Marx y que el *Manifiesto* de 1848 expone en forma sintética, el comunismo aparece en adelante como la consecuencia del capitalismo, y el movimiento de lucha del proletariado como el artífice de su advenimiento.

Con el marxismo, el proletariado ha llegado a darse su propia teoría elaborada de un solo bloque, y que fundamenta su programa, ilumina su movimiento en todas las fases de su desarrollo y establece los principios de su combate. A partir de ese momento, su lucha contra la burguesía es llevada a cabo como movimiento de clase totalmente independiente, como partido distinto: entonces, es cuando comienza la historia del partido comunista.

El partido comunista es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. Reuniendo en su seno a la fracción más avanzada y decidida del proletariado, unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras dirigiéndolos desde las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes hacia la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El partido comunista tiene como tarea difundir la teoría revolucionaria entre las masas, organizar los medios materiales de acción, dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

Las condiciones históricas hicieron nacer el movimiento proletario en Europa, pero ese movimiento abarca ya el mundo entero. Las mismas han hecho nacer el marxismo en Europa, pero el objetivo de su combate es, desde el inicio, la dictadura internacional del proletariado y la transformación comunista de la sociedad, con ceñible solamente a escala del planeta entero, porque el mismo capitalismo no ha podido nacer en Europa más que por la férrea sumisión de todos los continentes.

La experiencia de lucha de todas las generaciones de proletarios, de todos los contingentes nacionales del proletariado, enriquece el patrimonio histórico e internacional del partido comunista que debe servir para fecundar las luchas futuras y contribuir así a la victoria definitiva sobre la sociedad burguesa.

2. La Liga de los Comunistas

La Liga de los Comunistas, cuyo programa era el célebre *Manifiesto del Partido Comunista* de febrero de 1848 escrito por Marx y Engels, fue una magnífica y generosa anticipación del partido internacional.

Se estaba entonces en vísperas de la formidable conmoción revolucionaria que el capitalismo provocaba en Europa: las clases burguesas aún disputaban el poder a las monarquías feudales, pero el proletariado ya mostraba, en particular con la insurrección parisina de junio de 1848, que el combate entre el comunismo proletario y la democracia burguesa era inevitable.

La Liga, implantada particularmente en Alemania, participó con ardor en la revolución antifeudal con la esperanza de hacer "la revolución permanente", según los términos de Marx, hasta que

la clase obrera hubiese concentrado en sus manos el poder en los principales países. De las luchas de clases en 1848-51 ella sacó esta enseñanza: el proletariado no puede utilizar, tal cual, la máquina del Estado por su propia cuenta y debe erigir, sobre las ruinas de aquél, su propio Estado. Para designar el poder político revolucionario y terrorista de la clase obrera victoriosa, ella dejó para la posteridad el término de "dictadura del proletariado".

Sin embargo, la Liga no resistió a las disputas provocadas por la contrarrevolución, que enfrentaban a los partidarios de la preparación revolucionaria, Marx y Engels, con los partidarios de conspiraciones revolucionarias tan impotentes como generosas. La misma fue disuelta en 1852.

3. La Asociación Internacional de los Trabajadores (Ia. Internacional)

La Asociación Internacional de los Trabajadores fue fundada en Londres en 1864. Su objetivo era el de agrupar en un único crisol todas las organizaciones de clase. Se trataba de unificar teoría y acción al calor de la lucha común. En efecto, estos dos términos aún estaban separados por la oposición entre las sectas socialistas y el movimiento político en el que proletarios y demócratas burgueses aún tenían un camino común posible, y en el que estos últimos pretendían representar a los primeros, lo que lograban la mayoría de las veces.

La Ia. Internacional jugó un papel eminente para fundir la lucha de los obreros de las diferentes nacionalidades. Inscribió en sus Estatutos que "la emancipación no es un problema local o nacional, sino un problema social que abarca a todos los países en los que existe el régimen social moderno", y apoyó activamente a través de la solidaridad internacional proletaria los diversos movimientos de la clase obrera, así como las luchas nacionales revolucionarias en curso, en particular por la emancipación de Polonia e Irlanda.

Trabajó eficazmente para superar la oposición que existía entre la lucha económica de los obreros y la lucha política, para fundirlas en una lucha general revolucionaria contra el capitalismo, lucha de la que las organizaciones económicas pueden convertirse en poderosas palancas si son centros de vida proletaria.

Sin embargo, la colaboración del tradeunionismo inglés, de la corriente anarquista y del marxismo no pudo sobrevivir a la Comuna de París de marzo de 1871, la que confirmaba en todo las posiciones del marxismo. La experiencia de la Comuna, en efecto, demostró la necesidad de erigir un Estado proletario transitorio sobre las ruinas del Estado burgués, y su derrota confirmó que "en su lucha contra el poder unificado de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase más que si se constituye en partido político autónomo que se opone a todos los otros partidos constituidos de las clases poseedoras", como lo precisa Marx en los Estatutos de 1872. "Una revolución, afirmará Engels al año siguiente, al extraer las lecciones de la Comuna, es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del te-

rror que sus armas inspiran a los reaccionarios".

Desde ese momento, el partido proletario no podía más que "cerrarse" en base a esas posiciones. Toda disciplina común en su seno se volvía imposible con el tradeunionismo, que niega la lucha política revolucionaria, como con el anarquismo, que niega la necesidad del Estado y del partido. La AIT cesó prácticamente toda actividad en 1872.

4. La Internacional Obrera Socialista (IIa. Internacional)

Sin embargo, la vida y el desarrollo de organizaciones proletarias no cesaron en varios países. En 1889 fue proclamada en París la Internacional Socialista para coordinar y unificar la acción de las diferentes secciones nacionales. Su actividad arrastró a nuevas nacionalidades en el movimiento de emancipación de la clase obrera. Jugó un papel determinante en la organización del proletariado en el terreno sindical, e hizo de la manifestación internacional del 1º de Mayo, conmemoración de las víctimas de la represión capitalista y lucha por la jornada de 8 horas, un poderoso medio de su lucha y educación. Este amplio movimiento de organización de la clase sirvió a su vez de trampolín eficaz para el movimiento político del proletariado.

En esa época, la burguesía europea y norteamericana había concluido ya su fase revolucionaria y acababa de modelar y adaptar por arriba el Estado para sus necesidades exclusivas. En la lucha por las reformas, la Internacional obrera combatió en los parlamentos burgueses para arrancar los obreros a la influencia de los radicales burgueses y para hacer de esas reformas una ocasión de preparación revolucionaria contra el Estado capitalista.

En esa misma época, las fuerzas productivas, ya demasiado apretadas dentro de las fronteras de los Estados nacionales, comenzaban a impulsar a las burguesías euroamericanas tras las huellas de la burguesía inglesa. Arrastrando tras de sí a Rusia y Japón semifeudales, las mismas se lanzaron a la conquista del mundo, cuyo reparto colonial fue consumado desde los primeros años del siglo XX. Esta situación se reflejó en el partido proletario mediante el asalto de una primera oleada oportunista que adoptó la bandera del revisionismo socialdemócrata. Para esta corriente, el sufragio universal, la conquista de derechos y las reformas permitían arrancar gradualmente al Estado del control de la burguesía y transformar pacíficamente el capitalismo en socialismo. Los marxistas radicales desarrollaron entonces la lucha contra el revisionismo, defendieron la visión catastrófica y revolucionaria del marxismo, y condenaron los bloques electorales y la participación en los gobiernos burgueses.

Esta oleada oportunista fue contenida. Sin embargo, los progresos del parlamentarismo burgués y la corrupción social permitida por las migajas caídas de la mesa de los festines imperialistas tuvieron por efecto anestesiar a los jefes proletarios y a las burocracias obreras en proporciones aún más grandes, en el momento en que las organizaciones políticas y económicas de la clase obrera de Europa y América del Norte se desarrollaban en forma espectacular. Esto provocó el debilitamiento de su combatividad y su inaptitud creciente para la lucha revolucionaria. En reacción a ese curso reformista se desarrollaron corrientes obreras anti-parlamentarias, sindicalistas, que reaccionaban ante el oportunis-

mo del "marxismo oficial" recayendo en otras formas de oportunismo de tipo anarquizante.

La izquierda marxista revolucionaria desarrolló en varios países una batalla encarnizada contra estas tendencias oportunistas que, sin embargo, terminaron por hacerse dominantes en la Internacional. Aquella combatió la corrupción colonial, el cretinismo parlamentario y los bloques electorales, defendió el papel primordial del partido de clase respecto a las otras organizaciones indispensables para la lucha obrera. Bajo su presión, la Internacional fue, a pesar de todo, un potente medio de educación internacionalista y antimilitarista del proletariado. Así, cuando con el desencadenamiento de la guerra imperialista en agosto de 1914 los jefes oportunistas capitularon ante sus respectivas burguesías, cayendo en el socialimperialismo y el socialpatriotismo, los acentos revolucionarios de la resolución del Congreso de Basilea de 1912 aún resonaban en los oídos de los proletarios: la misma llamaba a la clase obrera internacional a responder a los preparativos de guerra imperialista con la preparación de su propia revolución.

Los jefes socialdemócratas se pusieron a predicar abiertamente la defensa de la patria en la guerra imperialista y participaron en el esfuerzo de militarización, entregando al proletariado completamente desorientado en manos de los diferentes estados mayores. Sin embargo, los marxistas revolucionarios e internacionalistas, ante todo los Bolcheviques de Rusia, los Spartakistas en Alemania y la Izquierda marxista en Italia, prosiguieron durante la guerra imperialista el combate intransigente por el derrocamiento revolucionario y la revolución proletaria.

5. La Internacional Comunista (Illa. Internacional)

Los sufrimientos inauditos ocasionados por la guerra imperialista provocaron rápidamente reacciones proletarias que encontraron en la Rusia zarista (en la que el campesinado estaba igualmente en movimiento contra los poderosos restos feudales) una brecha para apoderarse del poder político.

La Revolución de Octubre demostró enteramente la justeza del combate llevado a cabo por la Izquierda marxista revolucionaria contra la socialdemocracia reformista, socialimperialista y socialpatriota. Aquella sancionó plenamente el carácter necesario de las soluciones revolucionarias a las crisis del capitalismo y justificó totalmente la perspectiva del derrocamiento revolucionario, es decir, la de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria.

Esto no es todo. La victoria de Octubre vino a probar experimentalmente lo que la Comuna de París sólo había podido confirmar aún negativamente, a saber, que la insurrección y la dictadura exigen la dirección exclusiva del partido político centralizado de clase, y que esta conquista del papel dirigente del Partido no es posible más que por una larga preparación efectuada a través de las peripecias extremadamente ricas de una lucha teórica y práctica sin cuartel.

Esta confirmación histórica integral de los principios políticos del marxismo en el fuego de la lucha revolucionaria despejó definitivamente el terreno histórico para la formación del

partido proletario y comunista sobre la base del programa integral del marxismo revolucionario.

Sobre esta base de granito, establecida por los dos primeros Congresos de marzo de 1919 y julio de 1920, celebrados en Moscú, nació la IIIa. Internacional, la Internacional Comunista, aun que hacia ella convergían corrientes revolucionarias no marxistas, pero movidas por un antirreformismo sincero y un odio auténtico del socialpatriotismo, como los grupos consejistas de tipo alemán u holandés, así como las corrientes sindicalistas anglosajonas o latinas.

El entusiasmo del proletariado por el Octubre rojo era tal que incluso fracciones centristas, con jefes oportunistas probados, fueron rápidamente atraídas por la Internacional para no tener que oponerse a las masas, e intentaron llevarla desde el interior hacia sus propias concepciones derrotistas y colaboracionistas. La mayoría centrista del P.C. francés es una ilustración significativa de este fenómeno.

A diferencia de la IIa. Internacional, que seguía siendo de hecho un movimiento del proletariado blanco, la Internacional Comunista buscó organizar de forma independiente a los obreros del Oriente y de las colonias, para unificar en una sola y única estrategia comunista mundial la lucha de los proletarios de los países avanzados y de las masas aún esencialmente campesinas de los países dominados, contra el imperialismo y por la "República universal de los Consejos obreros y campesinos".

El Congreso de los Pueblos de Oriente, realizado en Bakú en 1920, fue uno de los grandes momentos de esta exaltante tentativa.

Los bolcheviques supieron utilizar un método impecablemente marxista y revolucionario para plantear las grandes cuestiones de táctica y organización, no solamente en el III Congreso de Moscú en 1921, sino también, particularmente, en el II Congreso sobre la cuestión nacional y colonial, sobre la cuestión sindical, así como sobre las condiciones de admisión a la I.C. Sin embargo, no estaban en condiciones de dar todas las soluciones tácticas eficaces para los países de vieja democracia, de los que, evidentemente, tenían una experiencia insuficiente, y para los cuales, ante la falta de contribución positiva de los partidos comunistas occidentales, fuera de la de la corriente de la Izquierda del P.C. de Italia que tenía muy poco peso histórico, estuvieron tentados de generalizar las experiencias y los métodos utilizados con justa razón en la Rusia semifeudal y aplicarlos a los países de capitalismo ya senil. Esto se reveló como particularmente grave después del IV Congreso de la I.C., cuando Rusia se encontraba en una situación de aislamiento totalmente trágica.

Con el reflujó de la oleada revolucionaria en Europa, las corrientes centristas occidentales utilizaron esas insuficiencias e imprecisiones tácticas y organizativas para intentar atraer la Internacional en su sentido, y ésta fue sometida a fuerzas centrífugas crecientes. La dirección de la Internacional intentó resistir a esas tendencias por medio de improvisaciones tácticas cada vez más peligrosas. Un ejemplo de esto es el frente único proletario. Concebido para arrancar a la clase obrera de la influencia de los socialdemócratas a partir de las luchas suscitadas por la defensa de los proletarios contra la ofensiva capitalista, dicha táctica fue extendida desde 1922 al plano gubernamental y, lo que es más, preconizada sobre el terreno parlamentario y no insurreccional.

Esto justificaba plenamente las reservas de la Izquierda

del P.C. de Italia que, no obstante estar plenamente de acuerdo con el marco general de esta táctica, había tomado la precaución de pedir que se fijaran límites estrictos a su aplicación para evitar toda interpretación perjudicial.

La Internacional comenzó a pasar de un método a otro y a abandonar métodos reconocidos como erróneos sin una crítica lo suficientemente profunda, sino invocando solamente cambios de situación. Fue el caso, en particular, del V Congreso después de la catástrofe de Octubre de 1923 en Alemania, donde el frente único político con los centristas, llevado hasta el gobierno "obrero" de Sajonia-Turingia, había dejado a los socialdemócratas la iniciativa de toda lucha proletaria e incluso de la insurrección; el P.C. de Alemania debió anularla en el último momento, lo que provocó una irremediable desmoralización de la clase obrera. De este modo se introducía la idea de que los principios podían variar con las situaciones.

La dirección de la Internacional creyó poder realizar maniobras en dirección de corrientes de las que ya se había separado, como, en un primer momento, los independientes de izquierda en Alemania, y después, en los años siguientes, los terzinternacionalistas en Italia. Cuando el reflujó de la oleada revolucionaria exigía una selección más severa y una depuración de los partidos, creyó ampliar su influencia abriendo sus filas. De este modo paralizaba la acción de los partidos afectados y borraba progresivamente los límites con los centristas, antes de llegar a institucionalizar en el V Congreso los pretendidos "partidos simpatizantes" (uno de los cuales será el Kuomintang!), o estimular el coqueteo con los demagogos "campesinos" como Raditch en Croacia o La Follette en Estados Unidos.

Esta sucesión de improvisaciones cada vez más dudosas debía acompañarse, de manera totalmente natural, del "terror ideológico" y de presiones burocráticas que se ejercieron sobre los sectores recalcitrantes o extraviados, y vinieron a agravar las manifestaciones inquietantes de un nuevo peligro oportunista.

Los errores de la dirección de la Internacional Comunista debilitaron considerablemente al partido proletario frente a la presión convergente de las corrientes centristas de fondo democrático y socialchovinista de Occidente, y de las fuerzas sociales que, en Rusia, buscaban desviar al Estado proletario de la revolución mundial, se hacían los campeones del desarrollo nacional de las fuerzas capitalistas en movimiento y, por consiguiente, querían limitar la revolución al horizonte burgués-capitalista que ésta no había podido superar en la economía.

Esas fuerzas encontraron una bandera en el stalinismo. La teoría del "socialismo en un solo país" ya había obtenido la victoria cuando el formidable movimiento revolucionario de los obreros de Shangai y Canton, y de los campesinos chinos del Hunan, fue entregado indefenso por la Internacional a las masacres del Kuomintang en 1926-27, al mismo tiempo que la magnífica huelga de los mineros ingleses en 1926 era francamente sacrificada al sabotaje de los jefes reformistas de los sindicatos.

Desde ese momento, la Internacional stalinizada se volvió un instrumento del Estado capitalista ruso. Como él, fue utilizada para combatir y exterminar las diversas oposiciones nacionales e internacionales a esta política contrarrevolucionaria. Sus mismos restos en putrefacción fueron liquidados formalmente cuando en 1943 Stalin canjeó la disolución de la Internacional contra los aviones de Roosevelt, en el curso de la II Guerra Mundial en

la que se hizo morir a decenas de millones de proletarios por la defensa de los capitalismos democráticos, es decir, de los países imperialistas más poderosos, más instalados y coriáceos.

La nueva oleada oportunista, que había asegurado su triunfo en 1926 y llevado a cabo una destrucción durable de todo movimiento proletario, reunió las peores características de las precedentes.

El stalinismo se apoyó en el hábito nefasto de la Internacional que consistía en descubrir cada seis meses nuevas situaciones para justificar oscilaciones tácticas cada vez más amplias, para presentar la táctica proletaria como la sucesión de virajes bruscos en los principios mismos y como el resultado de un maquiavélismo genial de jefes inspirados y servilmente adulados, y para desligar totalmente la táctica de los principios y del programa.

Se apoyó en las maniobras con respecto a las otras corrientes y en las presiones burocráticas, y combinó ampliamente la apertura del partido y el plebiscito democrático, así como la catequización forzada, las mortificaciones públicas, la corrupción, el terrorismo disciplinario y la liquidación física, para eliminar a las viejas guardias revolucionarias e imponer su política burguesa-capitalista, presentándose formalmente, al mismo tiempo, como el continuador y el heredero de la Internacional de Lenin.

Justificó todos los frentes populares y nacionales, es decir, la subordinación del partido proletario a partidos burgueses, no solamente en países en los que la burguesía jugaba un papel históricamente progresivo, lo que ya era grave, sino aún en países en los que el capitalismo reinaba como dueño y señor desde hacía décadas, y en los que el fascismo fue presentado ni más ni menos que como una variedad de reacción feudal.

No vaciló en revolcarse en la colaboración abierta con los Estados capitalistas en la guerra imperialista, subordinando el movimiento proletario de las democracias occidentales y de las semicolonias latinoamericanas, así como el movimiento de emancipación colonial dirigido contra los imperialismos francés e inglés en Asia y Africa, a los intereses de la alianza entre los imperialismos democráticos y el pseudosocialismo ruso contra los imperialismos del Eje.

Cayó, pues, tan bajo como la oleada oportunista de la socialdemocracia en 1914, pero lo hizo sin dejar de utilizar la fraseología revolucionaria, el lenguaje de la violencia y de la dictadura útiles a la transformación capitalista que aún presentaba un carácter revolucionario en Rusia y en Oriente, acaparando de este modo el patrimonio de simpatía por la revolución de Octubre de un proletariado cada vez más desorientado.

6. La lucha contra la degeneración de la Internacional y contra el stalinismo

Las maniobras tácticas y organizativas de los dirigentes de la Internacional comunista acentuaron, sin duda alguna, las reacciones de tipo sindicalista, consejista, y más generalmente anti-partido, en las capas combativas del proletariado, reacciones que ya se habían manifestado contra el oportunismo socialdemócrata y

el centrismo. Sin embargo, de las corrientes que lucharon contra la degeneración de la Internacional, solamente dos lo hicieron sobre un terreno marxista.

La Oposición de Izquierda rusa, a la que pertenecía Trotsky, permanecía prisionera de los errores tácticos y organizativos de la Internacional, cuya responsabilidad habían compartido sus dirigentes. A pesar de sus heroicas posiciones, como en la lucha llevada a cabo contra el "socialismo en un solo país" o en la cuestión china, no supieron mantener una actitud perfectamente ortodoxa y terminaron incluso por hacer serios cortes en los principios sobre los que se había cimentado la Internacional.

El trotskismo degenerado, que se reivindica de esta oposición a través del canal de una sedicente IV Internacional constituida sin sólidas bases de principio, y que no conserva de Trotsky más que la teorización de sus errores y de su maniobristo, se ha vuelto un oportunismo desenfrenado. Ha liquidado todas las bases de programa y de principio de la Internacional de Lenin y del marxismo, y sus diversas ramificaciones oscilan entre el seguidismo y la alineación junto al Estado imperialista ruso, a los diversos partidos socialimperialistas nacionales o a los diversos movimientos democráticos pequeño-burgueses en voga.

La segunda corriente que luchó sobre un terreno auténticamente marxista fue la Izquierda del Partido Comunista de Italia. Esta convergía totalmente con los bolcheviques sobre las bases teóricas, programáticas y de principio de la Internacional, así como sobre el encuadramiento dado a las cuestiones de táctica, de organización, y sobre la necesidad de la centralización internacional más acabada.

Intervino en el II Congreso de Moscú para hacer adoptar la 21a. condición de admisión a la Internacional, que hacía más severas las bases de adhesión. Polemizó con Lenin sobre la táctica del parlamentarismo revolucionario, de la que no era partidaria en los países de vieja democracia, no por razones de principio, sino con vistas a la preparación del proletariado y del partido para la revolución y, en lo inmediato, para permitir en Europa una mejor selección de los partidos comunistas en formación.

En el III Congreso, sus críticas estuvieron centradas en la fórmula equívoca de "conquista de la mayoría" dada a la conquista indispensable de una influencia sobre las masas, y, algunos meses más tarde, en las aplicaciones a dar a la táctica del frente único proletario, cuyos considerandos compartía enteramente pero que era necesario limitar, según ella, al marco de las organizaciones de lucha de defensa inmediata, excluyendo todo bloque de partidos políticos en el ataque al Estado capitalista.

La posición de Izquierda no estaba dictada por razones morales o infantiles, como las de las corrientes de tipo consejista que se encontraban fuera del marxismo, sino por la preocupación de una mejor selección de las fuerzas del partido y de una mejor preparación del partido y de las masas para la revolución.

Como los bolcheviques, la Izquierda pensaba que en las fortalezas capitalistas del Occidente imperialista, constituidas desde hacía mucho tiempo, ya templadas en la lucha contra el proletariado tanto por la represión feroz y sangrienta como por la corrupción democrática y la adhesión de las poderosas burocracias obreras a su causa, la conquista del poder presentaría muchos más obstáculos que en la Rusia zarista. Pero de esta constatación ella deducía la exigencia de normas tácticas y de organización aún

más rígidas que las que habían utilizado los bolcheviques. Indudablemente, tampoco compartía el entusiasmo de estos últimos, que creían poder desembarazarse más fácilmente de las corrientes centradas en la incandescencia de una oleada revolucionaria que, por otra parte, preveían más potente de lo que resultó ser, finalmente en Europa occidental.

La Izquierda estimaba, finalmente, que sólo el establecimiento de una gama de eventualidades tácticas, unitaria y única a escala internacional, podía dar al "partido comunista internacional", hacia el que querían ir los bolcheviques, las bases de una centralización estable, completa y realmente orgánica. A sus ojos, ésta era la condición para asegurar al cuerpo entero del partido mundial una cohesión total en la acción (sin tener que pasar por el mecanismo democrático y la imposición de reglas tácticas por medio de la coacción que se revela como necesaria para disciplinar a los sectores no homogéneos), y para permitir, realmente, terminar con toda autonomía nacional y local en la elección de la táctica.

El curso ulterior debía confirmar trágicamente las aprehensiones de la Izquierda comunista. Separada de la dirección del P.C. de Italia desde 1923, combatió de forma disciplinada y sobre la base de los principios constitutivos de la Internacional los errores sucesivos que llevaban a ésta a la catástrofe. Su influencia era todavía considerable en el partido italiano en 1926, año en el que aún pudo presentar en Lyon las tesis que resumían su concepción. La última manifestación de la Internacional tuvo lugar en el VI Pleno del Ejecutivo Ampliado de 1926, en el que su representante, Amadeo Bordiga, fue el único en tomar posición contra las nuevas orientaciones del partido y del Estado rusos, y en denunciar, ante una audiencia de burócratas vendidos, el curso mortal que arrastraba a la Internacional de Lenin.

La Izquierda fue dispersada por el fascismo y por los golpes del stalinismo, pero se esforzó por mantener, particularmente en la emigración, una actividad basada en los principios y en los métodos que hicieron la fuerza de la Internacional, y que tomara en cuenta su propia contribución a la lucha contra la degeneración del movimiento comunista mundial.

Una tentativa por reconstituir el partido de Italia fue hecha en 1943, pero sus bases aún eran demasiado confusas como para que ese esfuerzo generoso diera inmediatamente sus frutos, y una escisión debió operarse a fines de 1951 para clarificar totalmente las bases constitutivas del partido de la futura oleada revolucionaria.

7. El Partido Comunista Internacional

Si los recuerdos revolucionarios generosos de la primera posguerra habían podido alimentar la ilusión de que la segunda posguerra sería una repetición de la primera, la terrible realidad se impuso rápidamente. No solamente el partido estaba destruido, sino también todo movimiento de clase organizado, toda vida de clase. Fortalecido por esta brillante victoria y por esta gigantesca revancha sobre la oleada revolucionaria de los años 1917-23, el capitalismo había impuesto su solución provisional, el reparto imperialista del mundo, la ocupación contrarrevolucionaria.

ria de los países vencidos para evitar todo riesgo de explosión proletaria, lo que dejaba prever un largo período de dictadura im placable del capital.

Sólo una nueva crisis mundial, que viniera después de un nuevo ciclo de loca acumulación de capital, podía crear en la dic tadura mundial de los grandes monstruos imperialistas brechas su ficientes como para permitir al movimiento proletario volver a to mar impulso, bajo el azote de condiciones de vida deterioradas por un nuevo período de inestabilidad capitalista.

Era necesario, igualmente, que el mito contrarrevolucionario del "socialismo ruso" se desmoronase para que las vanguardias arrastradas a la lucha general contra el capitalismo fuesen lleva das a buscar la tradición del comunismo revolucionario verdadero.

Por consiguiente, fue en condiciones extremadamente difícil es, en ausencia de un impulso revolucionario de las masas, como el que había acompañado la restauración de la teoría marxista por Lenin y, después, la reconstitución de la Internacional en 1919-20, y teniendo por horizonte un largo período de depresión proletaria, fue en semejantes condiciones en las que debieron ser extraídas las lecciones de la contrarrevolución y reconstruí dos los cimientos teóricos y programáticos del partido de la fu tura oleada revolucionaria.

Las *Tesis características*, que datan de fines de 1951, fi jan los ejes de la restauración integral del marxismo, recogen las bases doctrinales establecidas en los años precedentes, rei vindican las tesis de programa y de principio de la I.C., la con tribución de la Izquierda comunista de Italia a la I.C. de 1920 a 1926, así como el balance dinámico de los veinticinco años si guientes. Con este bagage, el partido, reducido a un pequeño pu ña do de militantes, pudo asumir la orientación firme y homogénea sobre la cual prosigue desde entonces una actividad regular y con tinua, reivindicando el conjunto de sus tareas cualquiera que sea el éxito inmediato que pueda alcanzar.

Puede decirse que, hasta fines de los años 60, lo esencial de la actividad ha sido la reconstrucción paciente de las gran des líneas de la teoría marxista en todos los dominios, a través de los órganos de prensa en Italia y en Francia, la interpreta ción histórica de los acontecimientos, en particular la de los movimientos revolucionarios que agitaban los continentes domina dos: la defensa de la perspectiva del curso catastrófico del im perialismo y de todas las armas teóricas, políticas, tácticas y organizativas que forman parte del patrimonio comunista.

El partido debió demoler no solamente las pretensiones hipócritas de los sucesores de Stalin de volver al marxismo después de 1956, y el abandono de la fraseología violenta del stalinismo. Debió combatir, igualmente, las reacciones antimarxistas a esta e volución, ya se trate de las pretensiones de corrientes que inten tan enriquecer el marxismo por medio de la inyección de viejos caprichos anarquistas, autonomistas y anticentralistas, o por el aporte de sangre nueva de las escuelas del romanticismo pequeño burgués, arrastradas por la oleada revolucionaria antiimperialista, como el guevarismo; y, sobre todo, contra el oportunismo maofista, esa mescolanza de stalinismo renovado y de democratismo pequeño burgués clásico. Debió defender, asimismo, las armas del comunismo contra los herederos ultradegenerados del trotskismo y todas las variedades del espontaneísmo contestatario que los pri meros signos de agotamiento del ciclo de expansión de la posgue-

rra han suscitado en las democracias occidentales.

En los años 70, la situación ha permitido hacer menos episódica e irregular la participación del partido en las luchas obreras, extender su red internacional y su prensa en diversas lenguas. Esta actividad se ha acompañado de la lucha teórica no solamente contra todas las corrientes mencionadas más arriba, sino también contra otras nuevas. Por ejemplo, el espontaneísmo anti-partido, nacido como reacción a la capitulación del izquierdismo del 68; o el terrorismo individualista que responde en Europa al retraso de la reanudación general de clase por medio de una exasperación "excitativa" de la impaciencia de capas medias y, cada vez más, obreras; o bien, las corrientes que acompañan los esfuerzos de lucha independiente de los proletarios de los países de joven capitalismo, pero que aún conservan partes del viejo programa democrático y nacional con el que han sido llevadas a cabo las luchas antiimperialistas de la segunda posguerra.

SEGUNDA PARTE

Objetivos, vías y medios de la revolución comunista mundial

I. Posición del partido frente a las grandes tendencias políticas del imperialismo

1. La revolución proletaria y los falsos socialismos

En Octubre de 1917 los bolcheviques fueron llevados al poder sobre la ola de una revolución cuyas tareas económicas eran esencialmente antifeudales, es decir, aún no anticapitalistas. No por eso el Estado era menos proletario; su política, en particular la lucha contra la guerra imperialista y la ayuda a la revolución mundial, era auténticamente comunista revolucionaria.

A la espera de que la revolución proletaria y comunista triunfase en Europa occidental y, según la concepción propia de Lenin, pudiese suministrar a los campesinos rusos los medios técnicos necesarios para pasar al trabajo asociado y asegurar de este modo las condiciones de la transformación socialista, los bolcheviques solamente podían esperar dominar, gracias al control del Estado proletario, las consecuencias sociales del desarrollo del capitalismo en Rusia.

Llegando a desnaturalizar la dirección del Estado soviético dirigido por el partido comunista, la contrarrevolución stalinista echaba por tierra toda posibilidad de dirigir el desarrollo de la sociedad rusa hacia el rumbo del comunismo y la entregaba a las fuerzas desencadenadas del capitalismo nacional, presentes tanto en la industria de Estado como en la pequeña producción industrial o agrícola.

Pero si bien barrió todas las conquistas proletarias y comunistas de Octubre, la contrarrevolución no ponía en tela de juicio la transformación capitalista revolucionaria en Rusia, que prosiguió desde entonces a un ritmo desenfrenado con el industrialismo stalinista, antes de que el capitalismo llegado a la edad adulta obligara a los sucesores de Stalin a efectuar reformas liberales destinadas a adaptar los mecanismos de la economía nacional a las exigencias de la competencia internacional.

En el Este de Europa, el "socialismo" de las democracias populares no es más que una forma burguesa ligada a la dominación del imperialismo gran ruso en los cotos de caza que le han tocado

después de los acuerdos de reparto del mundo en Yalta.

En China como en Vietnam, partidos sedicentemente comunis-
tas han sido llevados al poder por revoluciones dirigidas contra
el imperialismo y las viejas clases precapitalistas, Pero, por
grandiosas que hayan sido y a pesar de su importancia para el de-
sarrollo de la humanidad, esas revoluciones no podían superar el
estadio nacional-democrático y, por tanto, burgués, dado el ani-
quilamiento de todo movimiento proletario independiente por la
contrarrevolución stalinista. Ni siquiera es necesario insistir
en el caso de otros países en los que revoluciones burguesas, por
otra parte más o menos realizadas por arriba, han creído poder in-
vocar la bandera de un socialismo ... nacional.

En ningún país del mundo, ninguna transformación gradual,
ninguna transición al socialismo es posible sin el establecimien-
to previo de la dictadura del proletariado sobre las ruinas del
Estado imperante.

2. La ilusión reaccionaria del retorno a las formas liberales del capitalismo

En la primera mitad del siglo XX (tal como lo recuerdan
nuestras *Tesis Características*), el desarrollo del capitalismo ha
visto, en el terreno económico, la aparición de sindicatos patro-
nales que agrupan a los empresarios con un fin de monopolio, y ten-
tativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios
según planes centrales que van hasta la gestión de sectores ente-
ros de la producción por parte del Estado; en el terreno político,
el reforzamiento del potencial policial y militar del Estado y
las formas totalitarias de gobierno. No es que se trate de nuevos
tipos de organización social que constituirían una transición del
capitalismo al socialismo, y menos aún de un retorno a regímenes
políticos preburgueses; al contrario, se trata de formas precisas
de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por
parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Esta tendencia que ayer se manifestó con brutalidad en el
fascismo histórico y que también existe bajo la forma de dictadu-
ras "nacionalcomunistas" en los países del Este europeo, encuentra
su pleno desarrollo en las democracias blindadas de Occidente, he-
rederas del fascismo. El pluralismo hipócrita de estas últimas
descansa en la existencia de fuertes partidos obreros burgueses
(como los partidos sedicentemente comunistas o, con respecto a Eu-
ropa, eurocomunistas), así como en la de poderosos partidos demo-
cráticos (como los partidos socialmemócratas).

Esta tendencia también existe plenamente en los países de
joven capitalismo, como Turquía o los países latinoamericanos, e
incluso en los países de Asia o Africa apenas emancipados de la
tutela colonial. En esos países, la burguesía recurre a las
formas más centralizadas de gestión económica para tensar todas
sus fuerzas a fin de mantenerse en un mercado mundial ya archisa-
turado. Al mismo tiempo, ella se inicia en las formas más centra-
lizadoras y totalitarias de dominación política para sujetar y
controlar a las agitadas masas laboriosas y a un proletariado que
amenaza con ser extremadamente dinámico. Y esto ocurre mientras

que aún subsiste en la sociedad y en el Estado, según las áreas y países, toda una gama de relaciones y de influencias sociales arcaicas.

De ahí el papel desmesurado jugado por el Estado, el que se insinúa en toda la vida económica, el que ha sometido los sindicatos obreros nacidos del movimiento antiimperialista y ha plegado a las masas explotadas bajo el terror político cotidiano. Y como esta potencia tiene necesidad de ser empujada firmemente por una fuerza en sí misma concentrada, es el ejército quien, con su estructura fuertemente jerarquizada, se encuentra designado a menudo para esta tarea. Allí donde el movimiento social todavía no ha producido un partido único, expresión más acabada de esta tendencia, es aquél quien hace las veces, o bien crea uno que no es más que su sombra.

Cuanto más tardan las reformas burguesas, tanto más la intervención despótica de la jerarquía militar se revela indispensable para realizarlas evitando explosiones populares; cuanto más consumadas están estas reformas, tanto más se afirma todavía la tendencia a la unificación de las clases burguesas en torno a este eje centralizador. Esas dictaduras capitalistas en maduración pueden adornarse entonces con formas múltiples de participación democrática que conducen a una especie de militarismo plebiscitario o de dictadura militar consensual.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresistas del desarrollo del régimen burgués, y con firma la previsión marxista de la concentración y de la alineación antagonica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con un potencial correspondiente al del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales. En los países capitalistas desarrollados, debe liquidar históricamente el método de las alianzas por objetivos transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de la clase media como con partidos pseudoobreros con programa reformista; igualmente, tiende a liquidar este método, que aún podía ser utilizado a condición de mantener firmemente la independencia política y organizativa del partido en los países en los que termina el ciclo revolucionario burgués a medida que, en un área tras otra, se agota la capacidad de las distintas corrientes para situarse en el terreno de la lucha revolucionaria contra el Estado imperante.

3. La mentira de la igualdad de las naciones bajo el régimen capitalista

A comienzos del siglo XX, la generalización de los grandes trusts capitalistas y su compenetración con los Estados nacionales ya había llevado al reparto del mundo entre un puñado de grupos financieros y de grandes Estados imperialistas. Su periódica puesta en tela de juicio ha provocado ya dos guerras imperialistas.

La victoria de los aliados en la segunda guerra mundial no puso fin a la tendencia a la subordinación de las colonias y naciones más pequeñas a las exigencias de un puñado de superpoten-

cias imperialistas. Dicha victoria llevó a fondo la constitución del mundo capitalista en una constelación de grandes Estados, amos de las clases trabajadoras de las metrópolis, de las colonias, de las semicolonias y de todos los Estados menores de Europa.

La gran oleada antiimperialista que sacudió el orden imperialista mundial en las últimas décadas no podía contrarrestar esta tendencia con sus solas fuerzas. Al contrario, la ha continuado, reemplazando las formas ya caducas del viejo imperialismo colonial por las formas más modernas que se derivan de la concentración económica cada vez mayor y llevan a un grado aún más elevado el vasallaje de los Estados más pequeños.

El antagonismo entre grandes bloques imperialistas, que impone a los super-Estados someterse a los Estados más pequeños, y la tendencia natural de la burguesía de los pequeños Estados a ponerse bajo la protección de los Estados más poderosos para defender sus privilegios sociales, refuerzan aún más este proceso. Por tanto, también él excluye todas las interpretaciones evolucionistas del desarrollo de la dictadura internacional del capital y confirma totalmente la previsión marxista.

Para que las energías revolucionarias no sean obstaculizadas por las trampas del liberalismo burgués, el proletariado debe rechazar la reivindicación de una imposible igualdad de las naciones bajo el régimen burgués. Debe rechazar toda política que apunte a transformar en un objetivo de la revolución proletaria la independencia nacional o la unidad nacional de Estados constituidos sobre la base de un capitalismo maduro; debe considerar como utopías reaccionarias tanto la idea de buscar una imposible independencia económica como el sueño pequeño-burgués de liberar a los pequeños países de la explotación económica y de la opresión política por parte de los más grandes, sin la revolución proletaria.

Por consiguiente, el proletariado revolucionario rechaza toda alianza con los partidos burgueses y pequeños-burgueses que persiguen semejantes objetivos desde el momento que ha terminado la lucha revolucionaria por la constitución del Estado nacional contra el imperialismo y las viejas clases.

4. La oposición incondicional a todo gobierno burgués

La verdadera táctica comunista siempre ha consistido en una oposición total al Estado burgués constituido y, por tanto, a todos los gobiernos burgueses, en todas las fases sucesivas de la dominación de la burguesía.

En los países en los que gobiernos de la izquierda burguesa aún son susceptibles teóricamente de hacer reformas democráticas -y, por tanto, burguesas- que interesan a la clase obrera, la única actitud a considerar desde el punto de vista de la preparación revolucionaria del proletariado consiste en arrancar esas reformas, como toda concesión económica o política, mediante la lucha contra el gobierno imperante.

Esta táctica intransigente es imperativa, con mayor razón, en los países de pleno capitalismo y de imperialismo senil, tanto más cuanto que desde comienzos de siglo los gobiernos burgueses tienen la vieja costumbre de disfrazarse con una máscara obrera,

gracias a la participación de partidos reformistas, con el fin de hacer aceptar a la clase obrera los sacrificios exigidos por la marcha caótica del capital. El peor error sería el de considerar a esos partidos como el ala derecha del movimiento obrero. En realidad, ellos constituyen el ala izquierda de la burguesía y desempeñan las funciones de lugartenientes de la clase capitalista en las filas obreras.

Si bien el partido comunista no niega que en determinadas condiciones tales gobiernos puedan ser llevados eventualmente a hacer concesiones a la clase obrera, tiene el deber de *obligarlos* a realizar sus promesas mediante una fuerte presión proletaria; al mismo tiempo, debe enseñar al proletariado que las concesiones de esos gobiernos no apuntan a favorecer su movimiento, sino a asegurar el mejor funcionamiento del orden capitalista y, en caso de crisis, a garantizar a la burguesía lo esencial, es decir, el poder político, contra los esfuerzos del proletariado por sacudir se el yugo.

Por su propia voluntad, tales gobiernos jamás han dejado libertad de movimiento al proletariado, sino en la medida en que éste se dejaba adormecer por sus concesiones hasta el punto de considerarlos como sus *propios* representantes y darles su apoyo. Una larga experiencia histórica, en particular la represión de la insurrección berlinesa de enero de 1919, ha probado que aquéllos son capaces de responder por medio de la reacción más feroz ante el primer asalto de las masas contra las instituciones del Estado democrático-burgués.

Por consiguiente, no existe ningún régimen supuestamente de transición entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado que no deba ser combatido con la máxima energía. El único gobierno obrero posible sólo puede nacer de la insurrección obrera victoriosa sobre las ruinas de la máquina del Estado capitalista, sobre la base de la dictadura del proletariado.

5. La contrarrevolución stalinista y el retorno a la perspectiva revolucionaria

Después de haber entregado el Estado soviético y la Internacional Comunista al orden establecido internacional, la contrarrevolución stalinista cerraba definitivamente toda salida revolucionaria a la crisis abierta por la primera guerra imperialista mundial y, en consecuencia, volvía inevitable un nuevo reparto imperialista del mundo.

En los preparativos de la guerra, y en la misma segunda carnicería imperialista mundial, la burguesía y el stalinismo terminaron por liquidar toda reacción y toda organización independiente de clase.

Con el aniquilamiento de todo movimiento proletario de clase y la victoria en la guerra del campo imperialista más poderoso, agrupado en torno a los Estados Unidos, corazón del capitalismo mundial y nuevo gendarme del mundo, se abrió un nuevo período de dominación indiscutida del capital, que sólo la sofocación del formidable ciclo de acumulación capitalista de la posguerra permitía volver a poner en tela de juicio.

De hecho, la esperanza de que la potente oleada de revolu-

ciones antiimperialistas que sacudió Asia y Africa, y que se repercutió en América Latina, despertase al proletariado de las metrópolis y realizase la soldadura entre los dos movimientos, se reveló como demasiado optimista. La profundidad del letargo de la clase obrera era tal que el efecto inmediato de la oleada antiimperialista fue el de revalorizar aún más a sus ojos las ideologías democrática y nacionalista.

Sin embargo, si bien los efectos subversivos de esta irrupción en la escena política de las masas de los países económicamente atrasados fueron retardados, para el proletariado en lo sucesivo esos efectos son multiplicados por el retorno de las crisis capitalistas. Pesando todavía más sobre las condiciones de vida de las masas explotadas de los países dominados, dichas crisis ya han dado nacimiento a una oleada social auténticamente proletaria que, habiendo partido de la periferia, muerde progresivamente en el área de los países de viejo capitalismo y amenaza ya con ganar las mismas grandes metrópolis imperialistas.

Con el viraje marcado por la crisis de 1974-75, el ciclo treintaenal de acumulación de la posguerra cede su sitio a un nuevo período de crisis capitalistas y de inestabilidad de todas las relaciones sociales, al mismo tiempo que se agota el ciclo de las revoluciones anticoloniales. Paralelamente, se abre la frontera económica -y, por tanto, política- entre el Este y el Oeste, mientras que el mito del "socialismo real" se desmorona cada vez más.

De todos esos acontecimientos que se entrecruzan sobre la arena del mundo entero surge nuevamente la alternativa inevitable : guerra imperialista o revolución proletaria mundial.

6. El derrotismo revolucionario en la guerra imperialista

Al ser las guerras imperialistas una consecuencia inevitable del capitalismo, sin el derrocamiento de este régimen de explotación y opresión es imposible una paz duradera que excluya toda opresión nacional y estatal.

El proletariado no puede imaginarse poder luchar contra las intrigas criminales del imperialismo y liberarse de su dominación sin luchar contra las campañas de uno u otro campo imperialista y sus justificaciones. Debe combatir tanto la falsa cruzada antiimperialista y la pretendida defensa del socialismo por parte de la Rusia supercapitalista e imperialista, como, por otro lado, la falsa cruzada por las libertades y los Derechos del Hombre del hiprimperialismo americano, o la mentira china de la lucha contra el hegemonismo.

El proletariado debe combatir todas las pretensiones hipócritas de cada imperialismo de liberar las nacionalidades oprimidas por los otros imperialismos ; él no espera el fin de la opresión nacional-colonial de la victoria de un campo imperialista sobre el otro, sino de la victoria revolucionaria de la nacionalidad oprimida, victoria que el proletariado del país opresor tiene el deber de animar y favorecer; así como, más generalmente, no espera el fin de toda opresión de tipo nacional más que de la unión del proletariado internacional, de la destrucción revolucionaria de los Estados opresores y de la supresión del capitalismo.

Al mismo tiempo, la clase obrera debe rechazar todas las i-

deas pacifistas. Naturalmente, ella combate el pacifismo que emana de las burguesías de los países más pequeños, incluso imperialistas, que buscan mantenerse al margen de un conflicto susceptible de poner en tela de juicio sus privilegios, o que, como los imperialismos europeos, exploran eternas terceras vías entre las dos superpotencias : estas burguesías no lo hacen más que al precio de una presión acrecentada sobre sus zonas de influencia y no podrán obtener nada más que un máximo de bazas con miras a negociar su adhesión a uno u otro campo de guerra.

La clase obrera debe protegerse, igualmente, del pacifismo típico de los demócratas pequeño-burgueses. Esos charlatanes se jactan de poder oponerse a la guerra por medio de las ideas pacifistas. En realidad, obstaculizan la preparación de la revolución violenta, que es lo único que puede terminar con las guerras. El proletariado sabe por experiencia que el pacifismo pequeño-burgués es siempre el primero en transformar su rechazo de la guerra en el militarismo más encarnizado desde que, según la argumentación tradicional, todos los medios pacíficos para evitarla hayan sido agotados.

Si la revolución no tuviera la fuerza de anticiparse a la guerra imperialista y esta última estallara, el único camino de salvación para el proletariado sería el de volver a levantar la bandera del derrotismo revolucionario de Liebknecht y de Lenin, proclamando en todos los Estados que el enemigo principal está en "su" propio país, que la condición más favorable para la revolución es la derrota de su propio Estado. Contra todos los oportunistas hacedores de paz, los comunistas deberían afirmar, entonces, que la paz verdadera es imposible sin revolución, y deberían luchar por transformar la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria.

7. La necesidad del partido único fuertemente centralizado de la revolución mundial

La revolución proletaria ha perdido definitivamente su carácter esencialmente europeo y norteamericano. Ha dejado de ser definitivamente una cuestión exclusiva de la raza blanca. La victoria de la revolución anticolonial y antifeudal en los continentes económicamente atrasados ha creado ya en el mundo entero las premisas indispensables de la revolución proletaria como objetivo inmediato de la lucha de la clase obrera. Esto sigue siendo cierto aun cuando la transformación comunista de la sociedad no podrá hacerse en todas partes al mismo ritmo. Y si bien numerosas luchas aún no proletarias estallarán necesariamente en las partes más rezagadas de Asia, Africa o América Latina, las mismas entran, sin embargo, en la estrategia de la revolución comunista mundial.

Cualquiera que sea la zona, periférica o no, en la que la combinación de las contradicciones capitalistas permitirá una acumulación de materias explosivas susceptibles de desencadenar una oleada revolucionaria internacional, es probablemente en Europa central donde se ganará la primera batalla decisiva de la próxima oleada revolucionaria, después de una serie de batallas llevadas a cabo en todos los continentes. Es en esta región donde la Santa Alianza contrarrevolucionaria imperialista concentra el máximo de fuerzas de intimidación y de destrucción. Pero es también aquí

donde se encuentra el corazón de la mayor concentración obrera, cuyo tejido viviente es ininterrumpido desde Liverpool hasta Sverdlovsk. Al mismo tiempo, es aquí, en el centro mismo de las fortalezas capitalistas, donde los antagonismos imperialistas son más violentos y donde la cadena de los Estados burgueses, constantemente destruidos y reconstruidos después de erupciones revolucionarias y guerras imperialistas, encuentra su eslabón débil.

Una victoria revolucionaria en Europa no podría ser obtenida más que contra los ejércitos coaligados de los imperialismos ruso y americano, y ocasionaría a largo plazo el hundimiento de la Rusia capitalista, sobre todo si China y Japón ya han sido conquistados. Pero para que esta victoria, aún parcial, se transforme en un éxito definitivo de la revolución mundial, sería necesario aún que las fuerzas unidas del proletariado revolucionario de Europa, Asia, Africa y de las dos Américas, arrastrando tras de sí a las masas campesinas pobres de los continentes dominados, puedan acabar con la superfortaleza imperialista norteamericana.

Frente a la colaboración de las diferentes burguesías "que no forman más que una contra el proletariado" (Marx), ya también en los países del Tercer Mundo, y frente a la centralización de las funciones contrarrevolucionarias bajo la égida de los grandes Estados imperialistas, el proletariado sólo puede concentrar fuerzas suficientes para terminar con el orden imperialista "subordinando los intereses de la lucha proletaria en un país al interés de esta lucha en el mundo entero" (Lenin) y concentrando sus fuerzas en un partido mundial fuertemente centralizado.

La degeneración del partido proletario en Rusia, y la contrarrevolución que le sucedió bajo la bandera mentirosa del comunismo, de ninguna manera pone en tela de juicio la necesidad de la dirección del partido sobre el Estado proletario; de la misma manera que la sumisión de la Internacional degenerada por parte del Estado nacional ruso a partir de 1926, y la terrible confusión para el movimiento proletario que le acompañó, tampoco pone en tela de juicio la necesidad del partido mundial del proletariado.

La contrarrevolución burguesa pudo aprovecharse de ciertas debilidades de la Internacional que, por el hecho de la inmadurez del comunismo en Europa occidental, dejaba abierta una imprecisión demasiado grande en el dominio táctico y organizativo. También pudo aprovecharse de una cierta confusión entre el partido y el Estado en Rusia, confusión debida a la inmensa sangría de la clase obrera rusa en la guerra civil y después a su acaparamiento por las tareas de la gestión del capitalismo, gestión necesaria para su propia supervivencia y para lograr el apoyo del campesinado a la espera de la revolución europea; es decir, confusión debida al aislamiento insoportable en el que se encontró la revolución proletaria en un país económicamente atrasado. La contrarrevolución aprovechó el hecho de que la Internacional descansaba enteramente sobre ese partido ruso sometido a las más terribles presiones. Semejantes debilidades del partido proletario habrían podido ser superadas en condiciones históricas diferentes. Y si el adversario pudo apoyarse en ellas para ganarse al partido, fue a través de choques históricos entre fuerzas gigantescas que la revolución tuvo finalmente la peor parte.

Por consiguiente, sería una locura sacar de ello un argumento para arrojar por la borda las armas del Estado y del Partido. La única actitud marxista y revolucionaria consiste en mejorar esas armas volviéndolas aún más tajantes, empuñando mejor todavía

el Estado proletario con un partido aún más sólido.

La defensa del régimen proletario contra los peligros de de generación contenidos en los fracasos y repliegues posibles de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, puede ser asegurada sólo por una coordinación constante entre la política del Estado de la dictadura proletaria y la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra su burguesía y su aparato estatal y militar, lucha incesante en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del partido comunista mundial sobre los aparatos del Estado en que la clase obrera ha conquistado el poder.

II. La tareas de la revolución comunista mundial

1. La conquista del poder político

El derrocamiento del poder político de la burguesía sería inimaginable sin una sucesión de batallas revolucionarias que tengan como teatro el planeta entero, sin una serie de insurrecciones y de contrarrevoluciones, de guerras civiles y de guerras entre Estados, hasta la caída de los grandes Estados imperialistas que son los gendarmes del mundo.

La victoria de la insurrección en un país tiene por condiciones elementales : el quebrantamiento del Estado capitalista por medio de una crisis militar o de una crisis social, y la entrada en lucha de amplias masas proletarias que defienden, contra el orden establecido, sus condiciones de vida vueltas intolerables.

Sin embargo, si bien estas condiciones son necesarias, no son suficientes por sí mismas para el éxito. En efecto, éste no puede ser garantizado más que si el partido comunista, a través de su participación en todas las batallas parciales que han precedido, ha logrado conquistar una influencia decisiva sobre la vanguardia proletaria en detrimento de las otras corrientes, una influencia suficiente sobre las masas obreras y semiproletarias, en particular sobre los trabajadores movilizables. También tiene que haber logrado neutralizar al menos una fracción de las capas intermedias e indecisas de la población. De este modo, en el momento decisivo, el adversario podrá ser privado de una parte de sus retaguardias, y todas las luchas proletarias y, aún en ciertas zonas, las luchas campesinas llevadas a cabo contra los terratenientes, cualesquiera que sean los frentes en los que se desarrollen, podrán ser concentradas y centralizadas en una fuerza única y potente que apoyándose en la guardia proletaria armada, podrá destrozarse la fuerza también concentrada y centralizada de la burguesía.

2. La instauración de la dictadura proletaria y sus caracteres

Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que destruyendo el viejo aparato estatal. No podrá asegurar su victoria sin la destrucción total, durante el levantamiento armado, de la jerarquía militar cuyo terrorismo es indispensable para hacer marchar a los proletarios movilizados contra sus hermanos de clase, sin la dispersión de los cuerpos de mercenarios y policías, sin la constitución, sobre las ruinas del ejército burgués, del ejército rojo proletario organizado sobre la base del armamento general del proletariado.

Igualmente, el proletariado victorioso se apresurará a hacer añicos las máquinas administrativa y judicial del Estado capitalista, suprimiendo, en particular, la jerarquía de los funcionarios. Finalmente, dispersará los parlamentos y otras instituciones representativas burguesas que rechaza totalmente como formas de su propio poder, y terminará con la ficción burguesa de la separación de poderes.

El Estado proletario estará constituido por órganos de trabajo y de participación de las masas proletarias, gracias a los cuales serán asumidas el conjunto de las tareas económicas, políticas, militares, judiciales y administrativas de la revolución, dentro de formas que, teniendo en cuenta las condiciones económicas y el nivel de educación de las masas, que varía con las diferentes regiones del mundo, permitirán suprimir cuanto antes la administración del Estado como actividad social separada de las otras.

Los sindicatos de trabajadores, que subsistirán en el Estado proletario mientras subsista -incluso parcialmente- el salario, tendrán por tarea la de proteger el nivel de vida de la clase trabajadora, convergiendo con el partido y el Estado proletario en esta función, así como en la de la transformación comunista de la sociedad.

El Estado proletario, dado que su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales ni de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de Trabajadores, aparecido en la revolución rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del aparato bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrotadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

El Estado proletario es una dictadura en la medida en que el proletariado no comparte el poder con nadie y en que "su poder no está atado por ninguna ley" (Lenin). El proletariado no puede hacer frente a todas las tentativas de las clases derrocadas más que privándolas de todo derecho y de toda función política, y no tolerando ninguna tentativa de organización de su parte.

Mediante el radicalismo y la audacia de sus medidas revolucionarias, la dictadura del proletariado es indispensable para ganarse la adhesión de las amplias masas explotadas y menesterosas de las ciudades y el campo, y para dirigir (a través de todos los medios, violentos y pacíficos, militares y económicos, pedagó

gicos y administrativos) la gran masa de la población en la "puesta en obra" de la economía socialista, contra las costumbres heredadas durante siglos de esclavitud.

Sólo esta dictadura garantizará al proletariado la mayor libertad de movimiento y de organización. Esta es la condición que permite concentrar al máximo las fuerzas proletarias contra los esfuerzos de las clases derrocadas por reconquistar sus privilegios económicos que se derivan de la producción mercantil mientras ésta subsiste. También es la condición para hacer frente a las duras exigencias de la guerra civil y de la guerra revolucionaria internacional.

Los comunistas, que en la lucha contra el adversario capitalista rechazan plegarse a principio democrático alguno y no respaldan ningún formalismo liberal, tienen el mismo comportamiento con respecto a la dictadura proletaria. Esta no saca su fuerza de ningún fetichismo constitucional, de ninguna forma organizativa o de consultas populares, sino de la posibilidad de dar la mayor eficacia a las energías revolucionarias del proletariado que la victoria ha liberado al máximo. Esto no es posible más que por medio de la dirección exclusiva del partido comunista. Armado de un programa teóricamente seguro y de una determinación inquebrantable, instruido en el curso de una larga experiencia revolucionaria y dotado de una firme disciplina interna y de una centralización absoluta, éste llega a conquistar, a través de las grandes batallas que preceden a la toma del poder, la dirección efectiva de la lucha revolucionaria del proletariado. De este modo, el partido comunista confiere al proletariado una total unidad de objetivo, de voluntad y de acción, y constituye, en consecuencia, el órgano indispensable de la lucha revolucionaria.

En la medida en que llevan la lucha de clases a su paroxismo, la insurrección y la dictadura exigen más que nunca la coordinación de inmensas fuerzas obreras y su concentración en el punto crítico y en el momento decisivo con el máximo de rapidez y eficacia. Esto no es realizable sino gracias a la unificación y a la centralización de esas fuerzas en un solo ejército proletario, dotado él mismo de un Estado Mayor único e indiscutible, es decir, de la dirección exclusiva del partido.

La dictadura del proletariado es necesaria y únicamente, la dictadura del partido comunista.

3. La dictadura proletaria y el campesinado

La cuestión campesina ha disminuido considerablemente en importancia en los países más industrializados, en los que la agricultura no emplea más que una ínfima parte de la población. Sin embargo, conserva un gran peso en los países más pobres del Sur y el Este de Europa, y, sobre todo, en los países de Asia, Africa e incluso de América Latina.

En el campo, la revolución proletaria no se presentará solamente como la lucha del proletariado agrícola, hermano gemelo del proletariado industrial, contra la clase capitalista, y la del campesinado pobre contra los terratenientes. En los continentes dominados se acompañará también de la lucha de las masas pobres y sin tierras (y, a veces, incluso de capas del campesinado medio) contra los restos de la propiedad rural arcaica, patriarcal, feu-

dal o colonial, con todo su cortejo de residuos serviles y esclavistas, de privilegios imperialistas y de castas.

Si en 1920 la perspectiva era la unión de cientos de millones de campesinos de Oriente con los proletarios de Occidente por la destrucción del imperialismo mundial y la instauración de la República Universal de los Soviets, en adelante ésta será la de la unión de cientos de millones de proletarios de los viejos y nuevos mundos arrastrando tras ellos, en la lucha contra las fortalezas imperialistas y toda la cadena mundial de los Estados burgueses, a las masas igualmente numerosas de campesinos pobres y explotados del mundo entero por la instauración de un Estado proletario internacional único.

Las medidas inmediatas de la dictadura proletaria en el campo variarán enormemente de una región a otra, dada la enorme gama de situaciones particulares debidas a la profusión de relaciones de clases y subclases, a la infinita diversidad de los modos de producción, a las diferencias de movilidad y de desarrollo de las diversas capas del campesinado. La actitud comunista estará dictada, pues, por la necesidad urgente de conquistar las masas proletarias y semiproletarias del campo para la lucha contra las clases dominantes, y por la necesidad de neutralizar las otras capas, de reforzar el poder proletario, de aprovisionar las ciudades y el ejército revolucionario, antes de poder emprender de forma sistemática la transformación socialista de la agricultura.

Sólo el comunismo puede utilizar los gigantescos medios de la agricultura moderna para aliviar del hambre a las masas explotadas del campo y de las ciudades, hambre provocada en proporciones cada vez más monstruosas por la concentración de las tierras en manos de terratenientes parasitarios y de los medios de producción en manos de capitalistas agrarios, los que someten la alimentación humana a los estragos de la ley de la ganancia.

El comunismo llevará a cabo el paso a la gran producción por medio de la expropiación revolucionaria de los expropiadores. La nacionalización de la tierra permitirá poner a disposición de la sociedad las explotaciones modernas basadas en el trabajo asociado, y esto cuanto antes a fin de responder a las necesidades alimenticias más acuciantes de las masas explotadas de las ciudades. Asimismo, y según las condiciones económicas y políticas particulares, permitirá pasar a la gran explotación moderna en las grandes propiedades de tipo tradicional o entregar a los campesinos explotados las tierras necesarias para la vida de su familia, al mismo tiempo que se emprende el proceso de su integración progresiva en la agricultura socializada, a la cual las masas campesinas serán arrastradas por medio de ventajas técnicas y económicas, por la educación y el ejemplo de un trabajo más productivo, y de condiciones de trabajo y de vida más humanas.

4. La dictadura proletaria y los pueblos y nacionalidades oprimidos

Al liberar todas las fuerzas productivas (que han llegado a ser sociales e internacionales) de la camisa de fuerza de los Estados nacionales y, de este modo, al poner a disposición común de todos los países las riquezas del conjunto del planeta hoy acaparadas por un puñado de rapaces imperialistas, o sea, con la transformación comunista de la sociedad, la dictadura proletaria crea-

rá las bases de la desaparición definitiva de toda opresión de las naciones más pequeñas por las más grandes, aún antes de que el comunismo permita superar las diferencias de nacionalidades en la humanidad organizada de manera unitaria.

En lo inmediato, el proletariado victorioso combatirá toda opresión nacional y étnica garantizando a todas las nacionalidades y etnias oprimidas el derecho a separarse del Estado en cuyas fronteras estén encerradas, a constituir un nuevo Estado o ligarse al que prefieran, así como la facultad de elaborar sus propias instituciones regionales o locales, con la plena libertad de cultura y de lengua, proclamando al mismo tiempo que el objetivo del comunismo no solamente es el acercamiento y la armonía entre las diversas nacionalidades, sino incluso su fusión total.

El proletariado revolucionario no ve en ello ningún atentado a la vida económica unificada y centralizada, y ningún obstáculo a la tendencia de todas las culturas y de todas las lenguas a fusionarse en una cultura única e internacional de la humanidad. Al contrario, está convencido que, así como el derecho al divorcio es la condición de la libre unión de los sexos, el derecho a la separación nacional es el camino más corto para realizar, aunque fuese pasando por la federación, la unión libremente consentida de todas las nacionalidades en la República universal centralizada, la que se volverá así el marco de su armoniosa fusión en la especie unida.

5. Las tareas de las primeras dictaduras victoriosas

El proletariado victorioso en un país o grupo de países no podrá realizar de un golpe su programa integral. Tendrá por tareas prioritarias reforzar su poder y extender la revolución proletaria hasta el establecimiento de la dictadura del proletariado a escala del mundo entero, verdadera arena de la transformación comunista de la sociedad.

Todas sus medidas inmediatas estarán subordinadas, pues, a las exigencias supremas de la demolición de la vieja máquina estatal y de la constitución del nuevo poder de clase, descritas en el capítulo intitulado "La instauración de la dictadura proletaria y sus características", y de la guerra revolucionaria internacional. Por lo tanto, esas medidas estarán subordinadas, en primer lugar, a las necesidades del armamento general del proletariado y de la organización de un poderoso ejército rojo revolucionario, brazo armado de la revolución mundial y de partido internacional.

Para responder a esas exigencias prioritarias, la dictadura victoriosa dará satisfacción en el acto a todas las reivindicaciones políticas inmediatas contenidas en el capítulo siguiente sobre las "Orientaciones internacionales de acción del partido". Esto excitará la energía revolucionaria de los proletarios y de los campesinos pobres, y garantizará su más amplia participación en las tareas de la revolución y en el Estado proletario. Asimismo, toda una serie de medidas económicas y sociales revolucionarias serán tomadas inmediatamente para aliviar de la miseria a las amplias masas explotadas y pobres de las ciudades y del campo, para estimular su ardor revolucionario o para atraer su simpatía hacia

el nuevo poder o, al menos, su neutralidad en los gigantescos enfrentamientos en curso. Tales medidas son relativamente independientes del grado de desarrollo de la economía, pero sus plazos de puesta en práctica o la proporción en que podrán ser satisfechas siguen siendo todavía, al menos en parte, tributarias de las vicisitudes de la guerra civil. Se trata de medidas como la disminución radical de los alquileres y de las tarifas públicas; la gratuidad de los transportes; el aumento substancial inmediato de los salarios de las categorías más explotadas, como los obreros agrícolas o los aprendices; la expropiación de los apartamentos lujosos o vacíos, y la confiscación de las viviendas subocupadas en beneficio de las masas pobres; la supresión de los arriendos a los campesinos pobres; el racionamiento general de la alimentación en beneficio de los trabajadores; la instalación de guarderías y jardines de infancia gratuitos; la organización de la vida colectiva y el socorro a los viejos trabajadores, etc. En cuanto a las otras reivindicaciones económicas indicadas asimismo en el capítulo siguiente sobre las "Orientaciones internacionales de acción del partido", el proletariado se esforzará en satisfacerlas cuanto antes, teniendo en cuenta las mismas consideraciones.

Sólo cuando el poder sea conquistado en los Estados más poderosos dueños del mercado mundial y gendarmes del planeta, la tarea inmediata fundamental de la dictadura proletaria será la transformación en grande y sistemática de la sociedad, mientras que hasta ese momento las medidas tomadas en ese sentido son siempre susceptibles de ser puestas en tela de juicio por una relación de fuerzas local o internacional desfavorable.

6. Los grandes objetivos de la transformación revolucionaria

a) El establecimiento de un plan único mundial

La apropiación social colectiva de los medios de producción y de cambio será favorecida por toda una gama de medios que irán desde la cooperación y el simple control obrero sobre el patrón hasta la nacionalización y la expropiación inmediata, según el grado de socialización efectivamente alcanzado. Se trata de convertir en colectivas la producción y la distribución, suprimiendo toda apropiación particular de empresas privadas o públicas, es decir, centralizando los medios de producción para romper todos los límites de propiedad personal, de empresa y de Estado.

Debido a la propiedad de la tierra y al atraso económico agrario, la transformación de la agricultura presenta aspectos particulares ya tratados anteriormente (ver el capítulo intitulado: "La dictadura proletaria y el campesinado"), y será favorecida por una ayuda potente y sin contrapartida del sector industrial en máquinas, fertilizantes, técnicas, etc., y por un aporte masivo de fuerza de trabajo en el momento de los grandes trabajos agrícolas por parte de los trabajadores de las ciudades, organizados a tal efecto en ejércitos industriales.

Gracias a la centralización de los sindicatos obreros y de toda una gama de organizaciones apropiadas, el Estado proletario pondrá progresivamente a disposición de la sociedad el conjunto

de los medios de producción y de cambio, la fuerza de trabajo humana, los recursos y las riquezas sociales que una ínfima minoría de capitalistas (que pertenecen esencialmente a un pequeño grupo de países hiperimperialistas) acaparan hoy a expensas de la inmensa mayoría de la población explotada y, en particular, de las más hambrientas de los países económicamente atrasados.

Este plan se acompañará, pues, de medidas de traspaso masivo y sin contrapartida de alimentos y de bienes de primera necesidad de los países capitalistas ricos hacia los más pobres. A más largo plazo, el traspaso de grandes masas de medios de producción, acompañado al comienzo de trabajadores calificados y de instrumentos, permitirá arrancar el campo del Tercer Mundo al atraso y a la marginalización, llevar su actividad productiva al nivel medio de la sociedad y sentar las bases de una organización racional de la producción y del conjunto de la vida social a escala del planeta.

La centralización de todos los recursos naturales y humanos, y de todos los medios de producción y de distribución, permitirá abolir también (comenzando por la interrupción de la construcción en las zonas urbanas) la oposición entre la ciudad y el campo que el capitalismo lleva al paroxismo, repartir juiciosamente los recursos humanos y las actividades en el espacio geográfico, y poner las inmensas capacidades de la naturaleza y de la sociedad al servicio del desarrollo armonioso de la humanidad.

b) El aumento del consumo de las amplias masas

La formidable capacidad productiva alcanzada por la humanidad permite satisfacer en un plazo relativamente breve las necesidades elementales de las amplias masas de todos los continentes y suprimir las diferencias de clase.

La reducción importante de la parte de las riquezas que el capital consagra a los bienes de producción en detrimento de los bienes de consumo en su carrera agotadora a la producción por la producción, la transformación de las producciones de guerra, de lujo, de bienes parasitarios, nocivos y antisociales en producción de bienes de consumo útiles a las amplias masas, la eliminación del despilfarro insensato producido por la anarquía capitalista y la rotación demente del capital, aumentarán en una proporción enorme las cantidades de bienes a disposición de la sociedad.

El aumento del consumo de las amplias masas se hará sobre esta base mediante el aumento -mientras subsistan- de los salarios, y, sobre todo, mediante el aumento de las prestaciones gratuitas por parte de las instituciones de la vida colectiva organizada.

c) La disminución radical e inmediata de la duración del trabajo a menos de 4 horas.

La utilización racional de las capacidades productivas existentes, combinada en una primera época con la obligación del trabajo para toda la población en edad de trabajar, y la incorporación al trabajo social de las masas de desocupados, de poblaciones marginadas o subocupadas, permitirán reducir en forma drástica, con la eliminación de la economía de mercado, la duración y la intensidad del trabajo.

Esta medida es indispensable para mejorar la salud de las amplias masas proletarias y permitirles garantizar lo más rápidamente posible, el máximo de tareas administrativas, políticas y militares colectivas.

También es la condición para que cada ser humano pueda entregarse a una rica gama de actividades sociales y, por consiguiente, para terminar con la división social del trabajo; en particular, para suprimir la división entre el trabajo manual e intelectual y hacer desaparecer la oposición entre la escuela y el trabajo productivo. Al liberar nuevas fuerzas productivas, esos resultados permitirán a su vez limitar al estricto mínimo necesario las tareas ingratas y repetitivas aún no efectuadas por la máquina, y romper la barrera entre las distracciones y el trabajo que, de este modo, se convertirá en una necesidad primordial de la humanidad.

d) organización colectiva del consumo y de la vida social

La organización colectiva aplicada a todos los dominios del consumo y de la vida social permitirá una formidable economía de trabajo social, influirá a su vez sobre la reducción del tiempo de trabajo de todos y mejorará en proporciones crecientes la calidad del consumo y de la vida social.

Una medida semejante, acompañada de la participación de todos los miembros de la sociedad en el trabajo productivo según sus fuerzas, permitirá reintegrar en la vida colectiva a los viejos trabajadores que el capitalismo condena a la miseria y a un abandono intolerable después de haberlos agotado en el trabajo.

Los niños serán arrancados a la explotación capitalista y a la explotación familiar, y serán sustraídos a la barbarie de la educación privada, al abandono en el que están sumidos así como al exclusivismo de la posesión individual de los padres (que sirve de derivativo a la soledad y al individualismo). En relación con su participación desde la más tierna edad en las tareas colectivas según las necesidades de su propio desarrollo, encontrarán el espacio social, psicológico y afectivo de una educación rica y alegre.

La realización colectiva de todas las tareas que hoy condenan a la mitad femenina de la humanidad a la esclavitud doméstica, a los quehaceres familiares y a la educación artesanal de los niños, y que el capitalismo mantiene para ocultar la desocupación y deprimir el salario obrero, permitirá también su plena participación en la vida social. Con la eliminación de la inferioridad social de la mujer desaparecerá también su opresión sexual en el matrimonio burgués, la forma más común de prostitución.

Una vez rotas las cadenas de la familia monogámica moderna, sancionada por la ley y la religión, la sociedad conocerá la unión verdaderamente libre de las parejas, el entendimiento verdaderamente afectuoso de las generaciones, el amor verdaderamente desinteresado de los niños en la gran familia social de la humanidad.

En una sociedad semejante, en la que habrá desaparecido definitivamente la guerra de todos contra todos, así como todo individualismo, habrá desaparecido igualmente toda oposición durable entre individuo y sociedad. En la sociedad de la especie unida, la participación en el esfuerzo colectivo se habrá convertido en la primera necesidad vital y "el libre desarrollo de cada uno de vol

verá la condición del libre desarrollo de todos", como lo decía el *Manifiesto* de 1848.

7. El comunismo y la extinción del Estado

Al término de esta fase de transición revolucionaria, que exige la dictadura proletaria de clase para centralizar el conjunto de la economía y eliminar el capital, el salario, así como todas las relaciones mercantiles, la sociedad podrá entrar en la sociedad comunista cuyas fases, determinadas científicamente por Marx, son las siguientes :

Estadio inferior del comunismo, o socialismo. La sociedad ya ha llegado a tener la disposición de los productos en general y los asigna a sus miembros por medio de un plan de racionamiento. El intercambio y la moneda han dejado de garantizar esta función. La obligación de trabajar y el registro de tiempo de trabajo sumistrado subsisten, y el certificado que atestigua esta prestación es el famoso bono de trabajo que no circula y, por tanto, no puede acumularse.

Estadio superior del comunismo: La productividad del trabajo ha llegado a ser suficiente, de manera que no se necesita ninguna coacción o racionamiento. La sociedad puede escribir en su bandera : "De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades" !

Con el fin del período de la transición revolucionaria, el Estado ha desaparecido como *Estado de clase*, como *dictadura de clase*. Las clases han dejado de existir, pero la persistencia de una *regla de reparto social*, de una regla de *igualdad* y, por tanto, del "derecho burgués", trae aparejado que el Estado aún exista como *instrumento de coacción social*. Sin embargo, a medida que la sociedad puede hacer frente mejor al desarrollo de las necesidades del conjunto de la población y de cada uno de sus miembros, el instrumento de la coacción desaparece junto con la necesidad de la coacción misma. El Estado ya no es entonces más que un simple *órgano de administración racional de las operaciones de producción*; más aún, le cede el sitio: con el comunismo integral *el Estado se extingue*, según la célebre expresión de Engels.

III. Orientaciones internacionales de acción del partido

1. Las tareas del partido comunista

El conflicto existente entre las fuerzas productivas modernas y las relaciones de producción capitalistas se traduce a través de la lucha entre la burguesía y el proletariado.

Los diversos contingentes de la clase obrera se rebelan contra las duras condiciones de que son víctimas y chocan contra los

límites de su propia esclavitud en una serie de batallas parciales. En ese curso atormentado, con sus dramáticos retrocesos y sus avances bruscos, la clase obrera reúne sus fuerzas en un solo ejército proletario para llevar a cabo las batallas decisivas contra las fortalezas estatales del capital.

La actividad de partido no puede ni debe limitarse sólo a la conservación de la pureza de los principios teóricos y de la pureza del complejo organizativo, o bien sólo al logro a toda costa de éxitos inmediatos y de popularidad numérica. Ella debe englobar siempre y en todas las situaciones los tres puntos siguientes:

a) la defensa y precisión, en relación con los nuevos grupos de hechos que se presentan, de los *postulados programáticos fundamentales*, o sea, de la conciencia teórica del movimiento de la clase obrera;

b) el aseguramiento de la continuidad del complejo organizativo del partido y de su eficiencia, y su defensa contra las influencias extrañas y opuestas al interés revolucionario del proletariado;

c) la participación activa en todas las luchas de la clase obrera, incluso en las suscitadas por intereses parciales y limitados, para alentar su desarrollo, pero aportándoles constantemente el factor del enlace con los objetivos revolucionarios finales y presentando las conquistas de la lucha de clase como vías de acceso a las indispensables luchas futuras, denunciando el peligro de acomodarse con las realizaciones parciales, consideradas como puntos de arribo, y de sacrificarles las condiciones de la actividad y combatividad clasista del proletariado, tales como la autonomía e independencia de su ideología y de sus organizaciones, en el primer rango de las cuales está el partido.

El objetivo supremo de esta compleja actividad del Partido es preparar las condiciones *subjetivas* de la preparación del proletariado para ponerlo en condiciones de aprovechar las posibilidades revolucionarias objetivas que presentará la historia, en cuanto éstas se manifiesten, de manera que salga vencedor de la lucha, y no vencido.

2. La defensa de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera

Los comunistas son los defensores más resueltos de las reivindicaciones que expresan las exigencias reales y urgentes de la vida de las amplias masas, sean o no compatibles con la marcha del capitalismo, mientras que esta "compatibilidad", por el contrario, es la primera preocupación de los defensores de la política reformista y colaboracionista.

Los comunistas combaten la política de sabotaje contrarrevolucionario de las burocracias reformistas. Estas se apoyan en los intereses pasajeros y corporativos de capas aristocráticas que aspiran a evitar la lucha y a mantener su situación de privilegios, para preconizar y reforzar la alianza con el patrón y con el Estado capitalista contra la masa de los trabajadores de las empresas competidoras, de las categorías inferiores o de los trabajadores extranjeros, en particular los de los países dominados por su propio imperialismo.

Al agitar la defensa enérgica de las categorías más bajas y al combatir las reacciones aristocráticas y "proteccionistas", los comunistas no oponen de ninguna manera los intereses de una capa de obreros a otra : ellos luchan por las reivindicaciones comunes a toda la clase y, por tanto, por aquellas que son susceptibles de unificar sus filas, más allá de los resultados inmediatos de la lucha.

Así es como ellos participan en las luchas económicas y sindicales planteando las grandes orientaciones siguientes :

- la defensa del salario de base, la lucha por la integración de las primas en el salario, la lucha contra los destajos y el salario ligado al rendimiento, y contra las horas extraordinarias;

- la lucha por la reducción inmediata de la duración del trabajo contra los ritmos infernales, por la limitación del trabajo nocturno y del trabajo por relevos al mínimo indispensable por razones técnicas;

- la lucha contra los despidos;

- la reivindicación del salario integral a los desocupados y a los jubilados, de recursos para todos los desempleados y para los trabajadores en el servicio militar iguales, al menos, al salario mínimo;

- la lucha por la gratuidad de la atención médica y de los transportes, por la reducción masiva de los alquileres y de las tarifas públicas, por la supresión de los impuestos que afectan el salario o el consumo de los obreros.

Al mismo tiempo, los comunistas combaten todos los controles que pesan sobre la clase obrera o una de sus partes (libreta de trabajo en Rusia, "pass" en Africa del Sur, carta de residencia y de trabajo en los países de inmigración) y todas las medidas que instauran la inferioridad de una categoría de trabajadores respecto a otras (las mujeres, los jóvenes, los temporeros, los trabajadores inmigrados, etc.).

Luchan para que la clase obrera asuma la defensa colectiva de los viejos trabajadores, de los jóvenes en el servicio militar y expuestos al despotismo de la jerarquía militar; para que no deje aisladas las luchas de los proletarios de las pequeñas empresas artesanales y del campo, particularmente desfavorecidas por la dispersión.

Se fijan como tarea ayudar a la organización de los desocupados en estrecha ligazón con los trabajadores activos que, en período de crisis, no son más que desocupados en suspenso, y la de ayudar a la organización, junto a los trabajadores activos, de las masas de los proletarios sin trabajo marginados de los guetos o de las favelas y chabolas de las grandes ciudades, quienes se enfrentan a terribles problemas, no solamente de recursos sino incluso de vivienda, de agua potable, etc.

Prestan una atención particular a la organización de las categorías más explotadas de la clase obrera, como las mujeres proletarias o la juventud, combatiendo toda idea de autonomía de las luchas de la mujer en general o de la juventud en general, uniendo lo más posible esas luchas a la del conjunto de la clase obrera.

La clase obrera tiene interés en luchar de la forma más re-

suelta no solamente por la igualdad jurídica de la mujer proletaria, por el completo derecho al divorcio, a la contracepción y al aborto libres y gratuitos, sino igualmente contra toda discriminación económica o estatutaria en el trabajo, por la generalización de las guarderías y su gratuidad, por la protección de la maternidad, etc.

La juventud proletaria es el futuro de la clase obrera y la "llama de la revolución" (Liebknecht). La lucha contra la explotación de la juventud obrera y de los aprendices, y por su organización contra el embrutecimiento organizado en la escuela burguesa, contra el militarismo burgués, así como su educación revolucionaria mediante la participación en las luchas del conjunto de la clase obrera, son otras tantas tareas indispensables para la defensa de la clase y para la preparación de la revolución comunista.

Los comunistas combaten las ilusiones cultivadas por los laicos reformistas de la burguesía según las cuales la clase obrera podría mejorar su suerte por medio de una mejor-formación profesional o velando por los intereses de la economía nacional, de la empresa, del servicio público.

Esos cuentos son otros tantos medios de adormecer a los trabajadores, de dividir sus filas y esterilizar su lucha de defensa colectiva.

Aún antes de poder eliminar las causas de su esclavitud mediante la transformación comunista de la sociedad, la clase obrera no puede luchar eficazmente contra los efectos de esta esclavitud más que empleando su fuerza de clase. Esta fuerza le viene de su número, de su concentración, de los formidables medios de presión que le proporciona el capital a causa de su lugar en el proceso de producción, de su aptitud para la disciplina y la organización, de su determinación en defender sus intereses haciendo frente a la violencia de la clase capitalista.

Por consiguiente, no debe buscar sus armas de lucha en el arsenal de los procedimientos de negociación, de arbitraje, de conciliación y de participación, queridos por los partidarios de la colaboración de clases y de la paz social, sino en las formas de la lucha directa y abierta, como la huelga sin preaviso y sin límite previo de duración, la solidaridad activa contra el adversario, los piquetes de huelga y todas las formas de autodefensa y de respuesta proletaria a la violencia y al terrorismo de los capitalistas y de sus esbirros.

3. La lucha por la organización sistemática de la clase obrera

No se trata aquí de abordar la cuestión de la constitución de los órganos de lucha política revolucionaria, como los Consejos obreros durante la última oleada proletaria. Tales organizaciones sólo pueden nacer en una situación de extrema tensión revolucionaria, y los comunistas ponen condiciones precisas a las iniciativas a tomar para su constitución o su reforzamiento a fin de que las mismas garanticen su función efectiva y no sean apartadas de su papel revolucionario.

A la espera de que una situación tal se presente, los comunistas consideran que un aumento decisivo de la influencia del

partido en las masas y, con mayor razón, el inicio de una fase revolucionaria, no pueden delinearse sin que se desarrolle entre el partido y la clase una gama de organismos nacidos para la defensa de los intereses inmediatos que reúnan a numerosos proletarios y en el seno de los cuales exista una red permanente del partido.

La cuestión que se plantea, pues, es la de saber cuál es la actitud de los comunistas respecto a las grandes organizaciones sindicales actuales. Debido a la presión cada vez mayor que el Estado capitalista ha ejercido sobre la clase obrera sin que ésta haya estado en condiciones de oponerle una contrapresión adecuada a través de la actividad de un partido proletario fuerte, la tendencia a la integración de los sindicatos en el Estado capitalista se ha reforzado considerablemente en todas partes durante los últimos cincuenta años.

Las grandes organizaciones oficiales son hoy sea sindicatos oficiales de Estado, como en los países del Este, en numerosos Estados de América Latina y, después de la victoria de la oleada antiimperialista, en la mayoría de los países de Asia o Africa; sea sindicatos democráticos, formalmente independientes, pero cuya burocracia contrarrevolucionaria es en realidad un pilar del Estado capitalista, como en las democracias liberales occidentales, en el Japón y en ciertos países latinoamericanos.

El objetivo no podría ser el de reconquistar, tal como son, los sindicatos democráticos, que la contrarrevolución ha logrado vaciar de toda vida de clase adaptando cada vez más su funcionamiento únicamente a las exigencias de la colaboración con la burguesía a todos los niveles de la empresa y de la administración del Estado capitalista. Por tanto, si en las rudas batallas de clase futuras, sectores o partes de su organización pasaran a la lucha proletaria, sólo podría ser en una lucha contra los aparatos, las burocracias y las jerarquías centrales oficiales, que ninguna reforma de estatutos podría llevar a defender los intereses independientes de clase del proletariado.

Con mayor razón, el objetivo de los comunistas revolucionarios no puede ser el de obtener en los países del Este o del Tercer Mundo sindicatos democráticos a la occidental. La socialdemocracia, la Iglesia y las corrientes democráticas pequeño-burguesas sobre las que se apoya esta tendencia, que hoy se manifiesta en Brasil y en Polonia (después de la experiencia española llevada a cabo por parte de la burguesía), son otros tantos lacayos que ayudan a la clase dominante a efectuar la apertura democrática de las estructuras oficiales.

El período histórico iniciado vuelve a poner en el orden del día, antes incluso de la posibilidad de una salida revolucionaria, la reconstitución de una red de organizaciones obreras independientes del Estado y de los partidos burgueses, es decir, la organización sistemática de la clase.

La vía del renacimiento de ese tejido de asociacionismo obrero parte necesariamente de tentativas, más o menos coronadas por el éxito, por hacer vivir organismos con objetivos necesariamente aún limitados, y con una vida a menudo efímera, para pasar luego, en forma extremadamente desigual según los sectores y países, a esfuerzos de coordinación y de organización más sistemáticos de las luchas a una escala más grande. Naturalmente, los comunistas participan en este esfuerzo trabajando para la constitución de un frente proletario de lucha a partir de las reivindicaciones más acuciantes de la clase: luchan para derribar todas las barreras artificiales de carácter programático, religioso o fi

losófico en la organización de los trabajadores, y esto sobre la base de la defensa de sus intereses de clase, y prestan una atención particular a las tentativas de los trabajadores combativos por establecer vínculos para preparar las luchas futuras fuera de la influencia de los aparatos oficiales.

Sólo en el momento más avanzado de la lucha, determinado por la revuelta masiva de los trabajadores contra las directivas de las burocracias vendidas de los sindicatos actuales, podrá plantearse la cuestión de la reconstitución de grandes organismos que agrupen al conjunto de los trabajadores de las diversas ramas industriales de un mismo país. Esta reconstitución podrá asumir las formas más diversas que, según las condiciones particulares, irán desde la transformación radical de ciertas partes de las estructuras actuales hasta su deserción por parte de los trabajadores, desde la disolución de los organismos actuales hasta su mantenimiento junto a los nuevos organismos de clase. Podrá asumir, igualmente, combinaciones de tareas extremadamente variadas según el grado de madurez revolucionaria de la situación, cuyas condiciones permitirán a tal o cual forma desarrollarse y generalizarse, según la coyuntura particular en tal o cual país, las tradiciones históricas, el juego recíproco de las corrientes políticas la gama de las organizaciones existentes, las relaciones de fuerza, etc.

Entretanto, los comunistas revolucionarios no desertan las organizaciones existentes dejando a los trabajadores bajo la influencia exclusiva de las corrientes reformistas o francamente conservadoras. También trabajan en su seno, no para conquistar sus aparatos, sino para demostrar la finalidad contrarrevolucionaria de las burocracias vendidas y arrancar los trabajadores a su influencia a partir de los impulsos elementales de lucha. Una actividad semejante exige formas más o menos extremas de clandestinidad según los casos y excluye asumir responsabilidades, incluso locales y periféricas, en los organismos ya ligados estatutariamente al Estado y de adhesión obligatoria.

Los comunistas agitan constantemente la idea de que la lucha de defensa reivindicativa sola no es suficiente para liberar a la clase obrera de su esclavitud. A la larga, esta lucha sería ineficaz e incluso estéril si no sirviera de terreno para educar al proletariado en la necesidad de la transformación comunista de la sociedad y de terreno de entrenamiento de las fuerzas de clase para la conquista revolucionaria del poder, que es lo único que podrá consolidar y garantizar las victorias obtenidas en el terreno reivindicativo; en una palabra, si esta lucha no fuera concebida como "una escuela de guerra del comunismo" (Engels).

Por consiguiente, combaten toda idea de neutralidad política de las organizaciones inmediatas como una concesión peligrosa a la burguesía. La experiencia enseña que bajo esta bandera se han presentado a menudo las fuerzas que han entregado estas organizaciones a la política de conservación burguesa y al Estado capitalista.

Por otra parte, aunque estén convencidos de que la victoria revolucionaria es imposible sin que el partido haya conquistado una influencia determinante en las organizaciones nacidas de la lucha reivindicativa, los comunistas no hacen de la dirección de las organizaciones inmediatas una condición previa de la revolución; luchan para demostrar en lo vivo de la lucha que la necesidad de la orientación comunista y de la más estrecha ligazón con el partido revolucionario no se derivan de un *presupuesto* progra-

mático, sino de la necesidad de dar a las organizaciones inmediatas de la clase su plena eficacia en la lucha que están llevando a cabo contra la clase capitalista.

4. La actitud del proletariado respecto a las capas medias y al campesinado

El capitalismo implica la concentración y reemplaza la pequeña producción por la grande. Pero lo hace arrojando constantemente a la ruina y a la miseria la gran masa de pequeños productores, comerciantes, artesanos y campesinos, transformándolos en proletarios.

Sin embargo, todas estas capas, restos de modos de producción superados, no tienen una actitud única y oscilan, a la par que las relaciones de fuerza, entre la burguesía y el proletariado.

Las reacciones a la miseria de la pequeña burguesía comerciante de las ciudades, más aún que en el campesinado, se acompañan de actitudes particularmente reaccionarias debidas a su modo de producción especialmente estrecho y de posibilidades de movilización contrarrevolucionaria que el proletariado debe combatir no solamente por medio de una actitud política sin concesiones, sino, igualmente, planteando reivindicaciones con respecto a estas capas que apunten a aliviar efectivamente su miseria provocada por las crisis y las guerras y, por tanto, a neutralizarlas,

Respecto al campesinado, el proletariado de las ciudades y del campo no debe limitarse a apoyar la lucha contra los restos de viejas formas de explotación en los países del Tercer Mundo. También debe dar un apoyo total a la lucha de los campesinos explotados contra la propiedad rural capitalista, a cuya supresión apunta.

Los comunistas combaten la idea de que las masas campesinas pobres podrían mejorar su suerte luchando por el aumento del precio de los productos agrícolas o el proteccionismo, aliándose a tal fin con el terrateniente o con el capitalista agrario; ante todo, esas medidas benefician a estos últimos y los refuerzan en detrimento de las masas campesinas pobres. Al mismo tiempo que combaten las ilusiones reaccionarias de esas capas, los comunistas apoyan la organización de los campesinos pobres y sin tierra en el terreno de la lucha contra la explotación del terrateniente, por la supresión de la aparcería, por la disminución de los arriendos y la renovación automática de los contratos, contra las expropiaciones. Igualmente, respaldan su lucha contra la explotación descarada de los trusts agroalimentarios (aun cuando ésta se adorne de la forma cooperativa) en ligazón con los proletarios de esas industrias.

Paralelamente a la eliminación de las viejas clases ligadas a la pequeña producción, el capitalismo desarrolla categorías y capas asalariadas no productivas, particularmente numerosas en los países imperialistas, donde están situados los centros vitales del capitalismo mundial y de su gestión, y donde los fenómenos de parasitismo y putrefacción alcanzan el paroxismo.

Esas capas intermedias están lejos de ser uniformes. Las más bajas, en particular la población femenina empleada en las o-

ficinas o las grandes tiendas, se hunden en el proletariado, cuya vida ya comparten enteramente (y, cada vez más, también sus condiciones de trabajo, a consecuencia de la mecanización y de la automatización de las tareas). Por otro lado, las capas más elevadas, aquellas que sirven de sargentos a la explotación capitalista y las que poseen una pizca de saber y de cultura, son atraídas por la burguesía, cuyas costumbres imitan.

Entre las dos, se sitúa una especie de pantano social, cuyos miembros son atraídos por el ejemplo burgués, pero que la situación intolerable en la que los precipitan las crisis arroja hacia el proletariado puro, con el que ya se codean en la empresa como en la escuela, en el cuartel como en los barrios obreros.

Situadas en medio de la sociedad, es decir, entre las clases fundamentales cuyo enfrentamiento temen, esas capas se hacen los campeones de las reivindicaciones interclasistas y, por tanto, democráticas por excelencia; en virtud de esta posición intermedia, reclaman la dirección de las luchas por esas reivindicaciones preconizando el método irrisorio del llamamiento a la conciencia liberal de la burguesía. Suministrando la mayor parte de los contingentes estudiantiles, las mismas son el vehículo de todas las ilusiones sobre la cultura y la formación profesional. Empujadas a la defensa del salario y de las condiciones de trabajo, amenazadas por las reestructuraciones y la desocupación, participan en la lucha sindical a la que aportan el espíritu de conciliación típicamente pequeño-burgués y, fusionándose a menudo con la aristocracia obrera, forman el grueso de las tropas de las burocracias colaboracionistas de los sindicatos y de los partidos sedicentemente obreros.

Si aquí también el proletariado puede esperar neutralizar algunas de estas capas y atraer hacia él una parte de ellas en la lucha contra el capitalismo, no es solamente interesándolas por reivindicaciones que las alivian de los efectos destructores del capitalismo, sino también combatiendo paso a paso sus aspiraciones reaccionarias, sus pretensiones democráticas y su indecisión catastrófica, y demostrando la mayor firmeza con respecto a ellas.

5. La defensa de las condiciones de lucha de las masas explotadas, y la lucha contra la violencia y la represión capitalistas

El recurso a la táctica parlamentaria está completamente superado, al menos en los países en los que la realización de las tareas burguesas está terminada y, más generalmente, allí donde las elecciones tienen por función esencial amortiguar las luchas sociales mediante la ilusión de la alternancia democrática. En semejantes condiciones, la táctica electoral tiene por efecto polarizar y agotar las energías del partido en movilizaciones cuyo terreno y momento son enteramente decididos por el adversario; la ventaja, cada vez menos evidente, de la utilización de los parlamentos como tribuna revolucionaria no compensa esos inconvenientes, mientras que, por el contrario, la táctica abstencionista hace más clara la propaganda antiparlamentaria de principio del comunismo revolucionario.

El rechazo de los comunistas a participar en los parlamentos-apéndice, en los órganos municipales a los que no les queda ni sombra de autonomía local, o en las elecciones presidenciales,

no significa en modo alguno que se abstienen de la lucha política y que renuncian a plantear reivindicaciones incluso políticas con respecto al Estado capitalista.

Muy por el contrario. Partidarios de la conquista del poder político mediante el arrastre de las amplias masas a la lucha revolucionaria, llevan al centro mismo de las luchas cotidianas de la clase obrera y de las masas campesinas pobres la conquista y la defensa de las condiciones de una lucha política amplia y verdaderamente amplia, a saber, las libertades de reunión, de asociación, de prensa escrita y oral, de huelga, etc.

Allí donde las mismas existen, defienden paso a paso estas libertades contra los ataques de que son objeto y no aceptan que sean sometidas a la menor limitación jurídica o, peor aún, a la menor autolimitación por parte de las corrientes oportunistas y democráticas. Los derechos están para ser utilizados. Estos derechos son otras tantas bolas de plomo que obstaculizan la marcha de la clase obrera si no sirven para la lucha directa contra el Estado capitalista.

Allí donde el proletariado no posee las libertades elementales, como en los países falsamente socialistas o en la mayoría de los países del Tercer Mundo, lucha por ellas sin hacer depender jamás su conquista de modificación alguna de la constitución, de la evolución del Estado capitalista en un sentido más liberal, sin buscar el apoyo de las fuerzas que sólo reclaman esos derechos como complemento de un Estado más fuerte basado en la concordia social. El proletariado debe ser instruido en el hecho de que no puede arrancarlos sino en la lucha contra el Estado y contra las tentativas democráticas de vaciarlos de todo contenido.

Los comunistas revolucionarios combaten los esfuerzos de la burguesía por reforzar constantemente su burocracia de Estado, sus órganos de represión, su justicia, su política y toda la legislación que aquélla erige contra la clase obrera. Sin embargo, no imaginan un retorno posible a las viejas formas liberales, y menos aún a través de la demagogia de las reformas propuestas por las corrientes de la izquierda imperialista y sedicentemente obrera, que no apuntan más que a adornar el reforzamiento del Estado burgués con un barniz agradable para atraer el consentimiento de los explotados.

Los comunistas combaten el blindaje del Estado capitalista situándose en el terreno de la presión de clase organizada contra él. Aprovechan los episodios de lucha para demostrar que esta tendencia del Estado sólo puede ser trastocada por la solución revolucionaria; en consecuencia, llaman a los proletarios a prepararse para ello desde hoy defendiéndose enérgicamente contra la violencia burguesa en las fábricas y los barrios, sin poner la menor confianza en las sedicentes garantías jurídicas que, incluso en los países reputados como más libres, no son más que hojas de papel que la burguesía rompe sin vacilaciones frente a una revuelta proletaria.

En ligazón con la lucha proletaria, luchar para organizar la autodefensa y la protección de la clase, de sus militantes, de sus organizaciones, contra la violencia paralegal de los asesinos a sueldo de la burguesía, milicias privadas, guardias blancas, grupos fascistas, "hermanos musulmanes" y otras formaciones contrarrevolucionarias, así como contra los crímenes racistas, los pogromos antisemitas, las llamaradas de odio religioso, xenófobo, las expediciones contra las llamadas castas inferiores, etc., pero

también, y sobre todo, contra la violencia legal de la burguesía, la de las fuerzas de policía, de gendarmería, de los cuerpos especiales de represión y otros mercenarios juramentados.

Combaten como criminales las exhortaciones a contar con el Estado capitalista contra las violencias ilegales: esto jamás ha tenido otro efecto más que el de esterilizar la lucha proletaria o el de entregarla indefensa a la represión legal.

La lucha proletaria debe aportar, igualmente, una solidaridad activa y permanente a los militantes proletarios encarcelados o golpeados por el adversario, independientemente de la justeza o de la ineficacia de sus concepciones políticas y, más generalmente, a todas las víctimas de la represión capitalista. Esta solidaridad asume formas múltiples: la defensa jurídica, el apoyo a las familias de las víctimas, la lucha por vencer el aislamiento en que la burguesía confina a los prisioneros, la lucha por volver menos duras las condiciones de detención, por la liberación de los rehenes que el adversario de clase guarda en sus prisiones, por el levantamiento de todas las penas, etc.

6. La lucha contra el militarismo burgués y los preparativos de la guerra imperialista

El combate contra los preparativos de un nuevo conflicto imperialista no se lleva a cabo solamente en el terreno ideológico, en el que deben ser demolidas todas las justificaciones hipócritas de la burguesía. También se entabla en el terreno de la lucha y de la organización inmediata de la clase:

a) denunciando en la política del nacionalismo económico y de escisión práctica de las filas proletarias la preparación a la política militarista de defensa nacional; poniendo de relieve la identidad de intereses y de fines de los trabajadores en lucha en el mundo entero; exaltando el sentimiento internacionalista de los proletarios;

b) contribuyendo a la organización de la juventud proletaria, primera víctima del militarismo burgués; restableciendo las hermosas tradiciones del antimilitarismo proletario y revolucionario;

c) apoyando las luchas de los proletarios movilizados y estableciendo los vínculos más estrechos entre obreros y soldados;

d) combatiendo paso a paso toda tentativa de militarización de la industria y de los sectores llamados estratégicos;

e) luchando contra toda intervención armada que apunte a garantizar la seguridad de los aprovisionamientos, de las vías marítimas, y contra cualquier otra manifestación de piratería imperialista.

7. La lucha contra la opresión imperialista

El imperialismo, a través de la opresión generalizada de los pequeños países por los más grandes, aun cuando aquellos son proclamados públicamente como independientes, produce una divi-

sión de las filas proletarias que no puede ser superada sino por medio de la lucha más vigorosa en los países opresores y las nacionalidades opresoras, en primerísimo lugar en los países imperialistas, contra todo privilegio nacional, toda puesta bajo control de naciones más pequeñas, toda opresión de tipo racial, nacional o colonial, etc., contra todo espíritu de superioridad nacional, todo socialchovinismo, todo socialrascismo.

Con este fin, los comunistas revolucionarios deben agitar como objetivos del movimiento de clase de los proletarios de los países que oprimen a otros:

a) La independencia inmediata y sin condiciones para las colonias; el derecho a la separación para las minorías nacionales mantenidas por medio de la violencia dentro de las fronteras de un Estado opresor; la supresión de todo privilegio de tipo colonial, basado en la raza (Africa del Sur), la religión (Irlanda, Israel), etc.

b) La retirada inmediata y sin condiciones de las tropas de su propio Estado de los países ocupados u oprimidos, de Rusia en Afganistán o en Europa del Este, de los imperialismos francés e inglés en Alemania o en Africa, de Estados Unidos en prácticamente todas las partes del mundo; así como la denuncia de todos los tratados y acuerdos desiguales impuestos por su propio Estado, en particular los pretendidos acuerdos de cooperación del imperialismo americano en América Latina, en el Sudeste de Asia o en el Extremo Oriente.

c) Asimismo, para la unión del proletariado mundial es indispensable que los proletarios de los países de inmigración luchen hombro a hombro con sus hermanos inmigrados contra las persecuciones xenófobas y racistas, contra todo control de la inmigración y por la igualdad total de todos los derechos. Esto es particularmente importante en los países imperialistas de Europa, en los Estados Unidos e incluso en Australia y Japón; pero, igualmente, en países del Tercer Mundo como los de la península arábiga, Africa del Sur o Venezuela, Brasil, Argentina, etc.

Esta actitud del proletariado en los países opresores debe acompañarse en los países oprimidos o en los países de emigración obrera de una vigorosa propaganda por la unidad internacional del proletariado y su organización por encima de los límites de nacionalidad. Los comunistas de las colonias y de las semi colonias deben mostrar que la lucha por la retirada de las tropas imperialistas o por la independencia no es un fin en sí, sino un medio de destrucción revolucionaria del imperialismo opresor. En los países en los que el capitalismo ya ha vencido y, con mayor razón, en aquellos en los que ya está más que maduro, pero en los que la burguesía puede levantar aún la cuestión de la lucha de liberación nacional (por ejemplo, los países de Europa del Este) o la de la unidad nacional (Corea, Alemania), los comunistas rechazan hacer de esas reivindicaciones objetivos de la lucha proletaria.

8. La lucha por la realización de las últimas tareas burguesas en el Tercer Mundo

La fase revolucionaria burguesa en el Tercer Mundo se cierra sin que las burguesías locales hayan sido capaces de realizar sus promesas. Esta es la razón por la cual, al término de su ciclo revolucionario, la burguesía deja en herencia al proletariado una cantidad de tareas burguesas que no existen más que al estado de tenues rastros en los países capitalistas más avanzados e imperialistas, pero que siguen siendo poderosas palancas de la lucha revolucionaria proletaria en los países de Asia y Africa, y pueden serlo en ciertos países de América Latina.

Se trata principalmente -fuera de las reivindicaciones de las libertades políticas elementales ya mencionadas anteriormente-, de las cuestiones siguientes:

- a) eliminación de los residuos de propiedad rural arcaica, de los restos de privilegios feudales, tribales, religiosos;
- b) eliminación de los restos de servidumbre y esclavitud colonial, y de los privilegios imperialistas;
- c) lucha contra las discriminaciones basadas en la situación social, la raza y la religión, contra la opresión particular de las mujeres, por la igualdad jurídica más completa ante el Estado;
- d) lucha por la separación de la Iglesia y del Estado, por la enseñanza obligatoria y a expensas del Estado, por la forma republicana de gobierno, contra toda restricción a la igualdad política en el Estado, etc.

No está excluido que, en uno u otro momento, la burguesía plantee algunas de estas reivindicaciones, en particular aquellas que conciernen el Estado, como la instauración de la república o las libertades políticas. Pero lo haría aislándolas de las otras y privándolas de todo filo revolucionario. Más aún, ella las concibe como simples reformas acordadas para engañar al proletariado y obtener su apoyo al Estado democratizado; en una palabra, como un instrumento para reforzar aún más su dominación de clase. En todos los casos, el proletariado hace de esas reivindicaciones, sean políticas o sociales, una palanca de su emancipación revolucionaria y no espera su satisfacción completa más que de su propia dictadura de clase. *En lo sucesivo, todas estas reivindicaciones forman parte del programa inmediato de la revolución proletaria mundial.*

9. La lucha por el renacimiento de la solidaridad proletaria internacional

La solidaridad internacional es una palanca indispensable de la lucha proletaria. El stalinismo la ha desnaturalizado poniéndola al servicio de la defensa del imperialismo ruso. Los partidos socialdemócratas y nacionalcomunistas la han envilecido, oponiendo hipócritamente a las luchas antiimperialistas nacionales los intereses de una lucha de clase internacional del proletariado que, en realidad, ellos mismos desviaban y saboteaban igualmente.

te en las metrópolis imperialistas. La han pisoteado encañenando los diferentes contingentes nacionales del proletariado a sus diferentes Estados burgueses en su obra de bandolerismo imperialistas..

El despertar del sentimiento internacionalista de la clase obrera no se hará solamente por medio de la propaganda por el objetivo revolucionario, internacional e internacionalista, sino también a partir de las exigencias cotidianas de la lucha proletaria. Con este ánimo, los comunistas prestan la mayor importancia a las tareas siguientes:

a) la popularización internacional de las grandes luchas proletarias, en las que la clase obrera puede sentir la identidad de sus intereses comunes;

b) el establecimiento de vínculos internacionales entre los trabajadores mediante el apoyo a las luchas de los trabajadores inmigrados, a través de la solidaridad con las luchas proletarias o cualquier otra lucha dirigida contra el orden establecido imperialista en los distintos países, a través de la lucha contra la Internacional de los policías y la solidaridad contra la represión capitalista en el mundo, etc.;

c) la lucha en cada país contra los crímenes imperialistas, contra el militarismo y los preparativos bélicos de su propia burguesía, que son otras tantas condiciones para superar las disensiones nacionales entre proletarios, mantenidas por la propaganda chovina de la burguesía y de sus lacayos, y para realizar la unión fraternal de los proletarios de todas las nacionalidades.

A partir de la organización de esas tareas elementales podrá comenzar a coordinarse la acción internacional del proletariado y será posible apuntar a objetivos internacionales más ambiciosos.

CONCLUSION

Los comunistas internacionales son conscientes de las inmensas dificultades que se levantan ante la clase obrera para remontar la pendiente de la reanudación revolucionaria luego de tantas décadas de derrota del movimiento proletario independiente. Conocen los sacrificios que esperan a la clase obrera para volver a aprender el sentido de sus intereses comunes y el de la lucha revolucionaria comunista.

No ignoran las emboscadas que le tienden a su esfuerzo por volverse a apropiarse el arma de la teoría marxista y las enseñanzas del pasado todas las corrientes que se fijan por objetivo impedirlo y que la influncian, ya se trate de los falsos socialistas y falsos comunistas, de los demócratas pequeño-burgueses o de las corrientes religiosas.

Los comunistas revolucionarios, sin embargo, encuentran en estas condiciones aún terriblemente desfavorables el aguijón para tensar todos sus esfuerzos hacia la construcción del partido compacto y potente de mañana que la revolución proletaria necesita absolutamente para poder vencer.

Hoy, como en 1848, los comunistas afirman que "no se rebajan a disimular sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. ¡Tiemblen las clases dirigentes ante la idea de una revolución comunista! Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar."

"¡ Proletarios de todos los países, uníos !"

ANEXOS

1. Los principios del comunismo revolucionario

Los principios sintéticamente recordados aquí figuran en las *Tesis características* de 1951. Retoman los puntos originales del programa adoptado por el P.C. de Italia en el momento de su Congreso constitutivo en Livorno en enero de 1921, volviéndolos aún más tajantes.

1. En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía dominante.

2. Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el empleo de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3. El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4. El órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado es el partido de clase. El partido comunista, reuniendo en su seno la parte más avanzada y decidida del proletariado, unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras dirigiéndolos de las luchas por intereses de grupo y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir a la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5. Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura, esto es, privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El partido comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo puede ser asegurada

privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6. Sólo la fuerza del Estado proletario podrá aplicar sistemáticamente todas las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las cuales se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7. Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

2. Defensa de la continuidad del movimiento comunista

Manifiesto del Partido Comunista, Bruselas, febrero de 1848.

Alocución del Consejo central a la Liga, Londres, 1850.

Alocución inaugural y Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores (corregidas por el Congreso de La Haya, septiembre de 1872), Londres 1864.

Glosas marginales al programa del partido obrero alemán (conocidas bajo el nombre de "crítica del programa de Gotha" por Carlos Marx), Londres, mayo de 1875.

Resolución sobre los medios y los métodos para asegurar la defensa de los trabajadores y Resolución sobre la acción política del proletariado, adoptadas por el Congreso internacional obrero socialista de París, julio de 1889.

Proyecto de resolución de la Izquierda redactado por Lenin para la Conferencia socialista internacional de Zimmerwald, septiembre de 1915.

Las tareas del proletariado en nuestra revolución (plataforma del partido bolchevique presentada por Lenin al día siguiente de la revolución de febrero, más conocida bajo el nombre de "Tesis de Abril"), Petrogrado, abril de 1917.

Plataforma de la Internacional comunista, Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura proletaria, Manifiesto de la Internacional a los proletarios del mundo entero, Ier. Congreso de la Internacional comunista, Moscú, marzo de 1919.

Estatutos de la Internacional comunista, Condiciones de admisión de los partidos en la Internacional comunista, Resolución sobre el papel del partido en la revolución proletaria, Tesis sobre el movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresa, Tesis y adiciones sobre las cuestiones nacional y colonial, Tesis sobre la cuestión agraria, Tesis sobre las condiciones de creación de los consejos obreros, Tesis sobre el partido comunista y el parlamentarismo redactadas por Lenin y Proyecto de tesis sobre el parlamentarismo presentado por la Fracción abstencionista del P.S. de Italia, IIdo Congreso de la I.C., Moscú, julio de 1920.

Discurso de Zinoviev y de Radek al Ier. Congreso de los pueblos de Oriente, Bakú, setiembre de 1920.

Tesis del informe sobre la táctica del partido comunista en Rusia redactadas por Lenin, Tesis sobre la táctica, Tesis sobre la estructura organizativa de los partidos comunistas, sobre los métodos y el contenido de su trabajo, IIIer. Congreso de la I.C., Moscú, julio de 1921.

Tesis sobre la táctica del partido comunista de Italia (o "Tesis de Roma"), marzo de 1922, Proyecto de tesis sobre la táctica de la Internacional y Proyecto de programa de acción del P.C. de Italia presentados al IVº Congreso de la I.C., noviembre de 1922, luego al Vº Congreso, julio de 1924,

Proyecto de tesis presentado por la Izquierda al IIIer. Congreso del P.C. de Italia (o "Tesis de Lyon"), Lyon, enero de 1926, Intervención de Bordiga en el VIº Ejecutivo ampliado de la I.C., Moscú, febrero de 1926, y Carta de Bordiga a Korsch, Nápoles, octubre de 1926.

Perspectivas de la posguerra en relación con la plataforma política del partido comunista internacionalista de Italia, octubre de 1946.

Dictadura proletaria y partido de clase, 1951, Lecciones de las contrarrevoluciones, Reunión general de Nápoles, 1951, Tesis características del partido ("Bases de adhesión" al partido comunista internacional), Reunión general de Florencia, 1951.

Tesis sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial, Reunión general de Nápoles, julio de 1965, y Tesis suplementarias a las "Tesis de Nápoles", Reunión general de Milán, abril de 1966.

Las tareas que el partido debe cumplir para preparar una salida revolucionaria a la crisis, Reunión general de París, noviembre de 1977.

Indice

INTRODUCCION.....	3
PRIMERA PARTE: Retorno al comunismo revolucionario de Marx y Lenin	5
I. El capitalismo llama a la revolución comunista	5
1. El imperialismo prepara nuevamente la guerra	5
2. Las reformas burguesas no pueden impedir el crecimiento de la miseria	6
3. La anarquía del mercado no puede ser dominada	8
4. Los derechos burgueses son un engaño para la clase explotada	10
5. El Estado burgués no está para democratizarlo, sino para destruirlo	11
6. La sociedad está archimadura para el comunismo	13
7. El proletariado es el sepulturero del capitalismo ...	14
II. La clase obrera posee en su pasado las armas para vencer.	17
1. El marxismo es la teoría del partido de clase	17
2. La Liga de los Comunistas	18
3. La Asociación Internacional de los Trabajadores (Ia. Internacional)	19
4. La Internacional Obrera Socialista (IIa. Internacional)	20
5. La Internacional Comunista (IIIa. Internacional)	21
6. La lucha contra la degeneración de la Internacional y contra el stalinismo	24
7. El Partido Comunista Internacional	26
SEGUNDA PARTE: Objetivos, vías y medios de la revolución comunista mundial	29
I. Posición del partido frente a las grandes tendencias políticas del imperialismo	29
1. La revolución proletaria y los falsos socialismos ...	29
2. La ilusión reaccionaria del retorno a formas liberales del capitalismo.....	30
3. La mentira de la igualdad de las naciones bajo el régimen capitalista	31
4. La oposición incondicional a todo gobierno burgués ..	32
5. La contrarrevolución stalinista y el retorno a la perspectiva revolucionaria	33
6. El derrotismo revolucionario en la guerra imperialista	34
7. La necesidad del partido único fuertemente centralizado de la revolución mundial	35

II. Las tareas de la revolución comunista mundial	37
1. La conquista del poder político	37
2. La instauración de la dictadura proletaria y sus caracteres	38
3. La dictadura proletaria y el campesinado	39
4. La dictadura proletaria y los pueblos y nacionalidades oprimidos	40
5. Las tareas de las primeras dictaduras victoriosas ...	41
6. Los grandes objetivos de la transformación revolucionaria	42
7. El comunismo y la extinción del Estado	45
III. Orientaciones internacionales de acción del partido ...	45
1. Las tareas del partido comunista	45
2. La defensa de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera	46
3. La lucha por la organización sistemática de la clase obrera	48
4. La actitud del proletariado respecto a las capas medias y al campesinado	51
5. La defensa de las condiciones de lucha de las masas explotadas, y la lucha contra la violencia y la <u>repre</u> sión capitalistas	52
6. La lucha contra el militarismo burgués y los preparativos de la guerra imperialista	54
7. La lucha contra la opresión imperialista	54
8. La lucha por la realización de las últimas tareas <u>bur</u> guesas en el Tercer Mundo	56
9. La lucha por el renacimiento de la solidaridad proletaria internacional	56
CONCLUSION	57
ANEXOS : 1. Los principios del comunismo revolucionario ...	59
2. Defensa de la continuidad del movimiento comunista	60

o°o

<p>LAS TESIS CARACTERISTICAS DEL PARTIDO</p> <p>seguidas de</p> <p>LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO</p> <p>75 Ptas - 4 FF - 3 FS</p>
--